BERNARD SHAW

El discípulo del Diablo

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos y cuatro cuadros, en prosa

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

EL DISCÍPULO DEL DIABLO

BERNARD SHAW

EL DISCÍPULO DEL DIABLO

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos y cuatro cuadros, en prosa

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1909

PERSONAJES

LA SEÑORA VIUDA DE DUDGEON.
RICARDO, su hijo.
CRISTÓBAL, ídem íd.
GUILLERMO DUDGEON, cuñado con su respectiva mujer.
TITO DUDGEON, ídem íd. íd.
ELISA, hija bastarda de su difunto cuñado.
ANTONIO ANDERSON, pastor presbiteriano.
JUDITH, esposa del precedente.
HAWKINS, notario.
BURGOYNE, general.
SWINDON, comandante.
UN SARGENTO.
BRUDENELL, capellán castrense.

Oficiales, soldados, un verdugo, muchedumbre

Lugar de la acción: Websterbridge, pequeña población en la América del Norte.—Época: El año 1777 (guerra de la independencia de los Estados Unidos)

ACTO PRIMERO

Es la hora más triste entre una noche obscura y una mañana de invierno del año de 1777. La señora Dudgeon, de Nueva Hampshire, está sentada en la cocina de su alquería en los alrededores de la población de Websterbridge. No es una mujer que predispone en su favor. Ninguna mujer, ya se sabe, después de pasar una noche en vela, está favorecida, y el semblante de la señora Dudgeon, aun cuando está en las mejores condiciones, deja mucho de ser atractivo; está surcado de arrugas profundas que son como el residuo de las duras reglas de un puritanismo rígido combinado con un carácter atrabilario y una soberbia feroz. Está ya entrada en años y ha trabajado mucho en su vida. De ello no ha sacado más que predominio y odio en su sórdido hogar así como una reputación intachable de devota y honrada entre la vecindad, para la cual la intemperancia y los vicios por lo mismo se han hecho tanto más tentadores que la religiosidad y la buena conducta, cuanto que considera la formalidad como renunciación de la propia personalidad. Este concepto se extiende fácilmente á la renunciación de la personalidad de los demás y luego se generaliza hasta el punto de encerrar en sí todo lo que sea desagradable. Así, pues, siendo sumamente desagradable la señora Dudgeon, es reputada por sumamente formal y decente. Con tal de no hacerse culpable de felonía abierta, disfruta de todas las libertades, excepto la de ceder á alguna debilidad amable, y por consiguiente viene á ser, sin saber-

lo, la mujer que más se extralimita de toda la parroquia, por más que nunca faltó al séptimo mandamiento ni un solo domingo faltó al servicio divino en la iglesia presbiteriana.

En el año 1777 se habían desencadenado las pasiones á consecuencia de la sublevación de las colonias americanas contra la metrópoli inglesa. Por aquel entonces los fusilamientos, en el concepto inglés era el medio ideal para reprimir la rebelión y mantener el principio de autoridad. En cambio los americanos consideraban el uso de los fusiles como medio de defender su libertad, de oponerse á la tiranía y sacrificarse en aras de los derechos del hombre. No es menester discutir los méritos de esa idealización, y nos limitaremos á estampar, sin prejuicio alguno, que tanto los americanos como los ingleses estaban poseídos de la idea de que no existía manera más elevada y noble de obrar en pro de aquellos ideales que matando el mayor número posible de sus contrarios. En el momento en que se desarrolla la acción de este drama, las operaciones militares están en plena actividad, moralmente sostenidas por las preces de los respectivos cleros elevadas al Dios de los ejércitos... propios.

En estas circunstancias, otras muchas mujeres, fuera de la desagradable señora Dudgeon, pasan la noche en vela esperando noticias. Al igual de ella esas mujeres se duermen hacia el amanecer, aun á riesgo de chamuscarse en las llamas del hogar.

La señora Dudgeon está durmiendo con un mantón por encima de la cabeza, y sus pies descansan en una rejilla ancha de hierro colocada delante de la chimenea en la que cuelga de un clavo trabadero un gran caldero. Un asador giratorio sobresale por encima del borde inferior de la campana del hogar. La sencilla mesa de cocina, con un candelero de estaño, en el que arde una vela está colocada junto á la señora Dudgeon. La silla en que ésta está sentada, como todas las demás, está sin forrar y sin pintar, pero como quiera que tiene un respaldo curvo y un asiento hundido por el uso es relativamente cómoda.

La habitación tiene tres puertas, una del mismo lado que el hogar, cerca del rincón, que da entrada al dormitorio mejor; otra enfrente, en la pared opuesta, abre sobre el cuarto de fregar y lavar, y la puerta de la calle,

con su descomunal cerradura, picaporte y tranca de madera dando al foro, está situada entre la ventana del medio y el rincón del lado del dormitorio. Entre la puerta y la ventana hay un perchero que demuestra que los hombres de la casa están ausentes, pues en él no se ven ni sombreros ni ropas. Al otro lado de la ventana se ve el reloj de pared, colgado de un clavo, con su esfera blanca de madera, pesas negras de hierro y péndulo de latón. Entre el reloj y el rincón está, encima de un aparador lleno de vajilla ordinaria, una alacena grande cerrada. En la pared de enfrente del hogar, entre la puerta y el rincón, hay un sofá indecente forrado de crin negra. Una mirada á su crugiente asiento muestra que la señora Dudgeon no está sola. Una muchacha de diez y seis ó diez y siete años se halla en él dormida. Es una criatura montaraz, de aire tímido y asustado, de pelo negro y tez tostada. Su falda corta está rota en varios sitios, raída y desteñida, manchada y harto sucia. Está pegada de tal modo al cuerpo, dejando visibles las piernas morenas y los piés desnudos, que no sugiere la idea de abundante ropa interior.

De repente llaman á la puerta, no con fuerza pero lo bastante para despertar á las mujeres dormidas. Luego unos golpes que molestan algo á la señora Dudgeon. Finalmente andan en el picaporte lo que hace que aquella se levante deprisa.

SRA. DUD. (Amenazadora.) ¿Qué, por qué no abres la puerta? (Ve que la muchacha se ha dormido y al punto lanza voces desabridas y sumamente agrias.) ¡Vaya, vaya con la criatura! De modo que se ha... (Sacudiéndola.) Vamos, á ver si te despiertas, ¿me oyes?

MUCH. (Incorporándose.) ¿Qué hay?

SRA. DUD. Despierta y avergüénzate de tí misma, muchacha sin sentimientos, indecente, dormirte así cuando todavía no se ha enfriado el cuerpo de tu padre en su tumba.

MUCH. (Medio dormida.) Fué sin querer; se me cerraron los ojos.

SRA. DUD. (Interrumpiéndola asperamente.) Ya sé, excusas no te faltan. ¡Que se le cerraron los ojos! (Bruscamente, al oir que las llamadas se repiten.)

¿Acabarás de ponerte de pie para abrir á tu tío? Después de que le estoy esperando toda la noche. (La empuja rudamente haciéndola levantarse.) Vaya, que iré á abrir yo. Te pintas sola para velar. Menéate, por Dios, y mira cómo está esa lumbre.

(La muchacha, abrumada y temerosa, va hacia el hogar y pone dentro un poco de leña. La señora Dudgeon quita la tranca de la puerta y la abre. Entran en la cocina, de atmósfera pesada, algunas ráfagas matutinas y el segundo hijo de la señora, Cristóbal, un mocetón gordo y estúpido, de pelo amarillo y cara redonda. como de unos veintidós años, envuelto en un tapabocas de cuadros y un sobretodo gris. Corre aterido hacia la lumbre, dejando que su madre cierre la puerta.

CRIST. (Delante de la lumbre.) ¡Brr... que frío! (Viendo á la muchacha y mirándola torpemente.) ¿Quién eres tú?

MUCH. (Tímida.) Soy Elisa.

SRA. DUD. ¿Qué tienes que preguntarle? (A Elisa.) Vaya, muchacha, vete á tu cuarto y acuéstate, puesto que no tienes bastante sentimiento para quedarte despierta. Tu historia no es para oída por ti misma.

ELISA Yo...

SRA. DUD. (Perentoriamente.) No me repliques, muchacha; obedece en lo que te mando. (Elisa, casi llorando, atraviesa la habitación yendo hacia la puerta que está cerca del sofá.) Y no te olvides de rezar. (Elisa sale.) Se hubiese acostado anoche como si nada, de haberla dejado yo.

CRIST. (Flemático) Es natural, no se puede esperar que sienta la muerte del tío Pedro como alguien de la familia.

SRA. DUD. ¿Qué estás diciendo, criatura? ¿No es ella su hija... el castigo de su maldad y poca vergüenza? (Se sienta con violencia, de modo que cruje la silla.)

CRIST. (Mirándola con extrañeza.) ¿La hija del tío Pedro?

SRA. DUD ¿Cómo, si no, estaría ella aquí? ¿Crees que no he tenido bastantes trabajos para criar á mis propias hijas, y á ti y á tu granuja de hermano, sin tener que cargar con los bastardos de tu tío?

CRIST. (Interrumpiéndola con una mirada inquieta hacia la puerta por donde acaba de salir Elisa.) Calla, te puede oir.

SRA. DUD. (Levantando la voz.) Que me oiga. El que teme á Dios no teme llamar por su nombre la obra del demonio. (Cristóbal, completamente indiferente á esa delimitación del mal y del bien, mira hacia la lumbre y se calienta.) Bueno, ¿cuánto tiempo vas á estar así, mirando á la lumbre? ¿Qué noticias traes?

CRIST. (Quitándose el sombrero y el tapabocas, y va hacia la percha para colgarlos.) El reverendo pronto llegará y te lo dirá todo.

SRA. DUD. ¿A qué te refieres?

CRIST. (Por antigua costumbre de niño á pesar de ser bastante alto se levanta en las puntas de los piés para colgar su sombrero y hablando con calma indiferente, poco adecuada á la naturaleza de la noticia.) Quiero decir la muerte de padre.

SRA. DUD. (Con estupor.) ¡Tu padre!

CRIST. (Malhumorado volviendo hacia la lumbre se calienta de nuevo y se ocupa más de la lumbre que de su madre.) ¿Qué culpa tengo yo? Al llegar á Nevinstown le encontramos enfermo en cama. Al principio ni nos conoció El reverendo se sentó á su cabecera y me mandó salir. Por la noche murió.

SRA. DUD. (Vertiendo lágrimas de ira.) ¡Qué golpe para mí... qué golpe! Su hermano, que toda su vida fué una desgracia para nosotros, es ahorcado públicamente por rebelde; y tu padre, en vez de quedarse en casa con la familia, como era su deber, corre detrás de él y se muere, dejándome á mí con todas las cargas. Después de haberme metido en casa esa muchacha para que la cuidara. (Se envuelve con rabia en su mantón.) Eso es un pecado, sí señor, un pecado mortal.

CRIST. (Después de una pausa sale con la siguiente tontería.) Después de todo, creo que vamos á tener una mañana hermosa.

SRA. DUD. (Reconviniéndole.) Una mañana hermosa. ¡Y tu padre acaba de morir! ¡Señor, qué sentimientos!

CRIST. (Obstinado.) No tuve mala intención. Supongo que uno puede hablar del tiempo, aunque se le haya muerto el padre.

SRA. DUD. ¡Vaya un consuelo que tengo con mis hijos! El uno es tonto, el otro un perdido, que dejó su casa para vivir con contrabandistas, gitanos y ladrones, la espuma de la humanidad. (Alguien llama.)

CRIST. (Sin moverse.) Será el reverendo.

SRA. DUD. (Aspera.) Pues bien ¿le vas á abrir ó qué? (Cristóbal se mueve pesadamente hacia la puerta. La señora Dudgeon sepulta la cara en las manos como es su deber de viuda embargada por el dolor. Cristóbal abre la puerta y deja entrar al pastor, Antonio Anderson, un sacerdote presbiteriano de unos cincuenta años; es un señor listo, activo, despierto, con el aire de dignidad que le da su profesión; pero es una dignidad secular suavizada por una manera de ser conciliadora y bondadosa que sabe perfectamente hacerse cargo de las múltiples situaciones que se presentan en el mundo. Es también un hombre robusto, de buena salud, con un pescuezo grueso y rojo; y su boca sonriente y de líneas acentuadas está enclavada entre ángulos algo carnosos. Por lo visto es un excelente párroco, pero así y todo no deja de sacar de este mundo lo que puede y toma la vida de un modo más epicúreo de lo que suelen los presbiterianos netos.)

AND. (A Cristóbal en la puerta, mirando á la señora Dudgeon, mientras se quita la capa.) ¿Ya le dejásteis?

CRIST. No tuve más remedio. (Cierra la puerta; bosteza y va hacia el sofá en el que se sienta y deja caer la cabeza vencido por el sueño.)

(Anderson mira compasivamente á la señora Dudgeon. Luego cuelga en el perchero su sombrero y su capa. La señora se enjuga las lágrimas y levanta la mirada hacia él.)

AND. Hermana, el Señor os ha sometido á una dura prueba.

SRA. DUD. (Con resignación intensamente recalcitrante.) Será su voluntad, supongo, y debo á ella someterme. Pero la encuentro muy dura. Qué ocurrencia la de Timoteo de marcharse á Springtown. ¿Qué necesidad tenía de recordar á todo el mundo que tenía que ver con un

hombre al que iban á ahorcar? Y (Con odio.) que bien mereció la horca.

AND. (Con suavidad.) Eran hermanos, señora.

SRA. DUD. Timoteo nunca le reconoció como á hermano desde que nos casamos; me tenía demasiado respeto para insultarme con semejante hermano. Decidme, ¿hubiese ese egoistón y ruin de Pedro hecho treinta millas para ver ahorcar á Timoteo? Ni treinta yardas, tenedlo por seguro. En fin, tendré que llevar mi cruz lo mejor que pueda. No vale quejarse.

AND. (Muy serio, acercándose á la lumbre y colocándose de espalda á ella.) Vuestro hijo mayor presenció la ejecución, señora Dudgeon.

SRA. DUD. (Desagradablemente sorprendida.) ¿Ricardo?

AND. (Meneando afirmativamente la cabeza.) Sí.

SRA. DUD. (Vengativa.) Que le sirva de escarmiento. Tal vez concluya él del mismo modo; aquel disoluto, perdido, sinvergüenza... (Se para de repente; su voz desfallece y pregunta con evidente temor:) ¿Vió Timoteo á su hermano?

AND. Sí.

SRA. DUD. (Sin aliento.) ¿Pues?

AND. Sólo le vió en la muchedumbre; no se hablaron. (La señora Dudgeon, muy aliviada, lanza un suspiro y se vuelve á sentar cómodamente.) Vuestro esposo se impresionó mucho por la terrible muerte de su hermano. (La señora Dudgeon se sonríe despreciativa. Anderson, algo indignado, prosigue.) Al fin, señora ¿no era natural? También cuando se acercó su última hora anheló ver á su hijo pródigo. Mandó buscarle.

SRA. DUD. (Su alarma se renueva.) ¡Mandó por Ricardo!

AND. Sí, pero Ricardo no fué. Mandó recado á su padre, pero siento tener que decirlo, fué un recado infame, terrible.

SRA. DUD. ¿Qué fué?

AND. Le decía que estaba de lado de su tío y en contra de sus buenos padres, en éste y en el otro mundo.

SRA. DUD. (Implacable.) Su castigo hallará; su castigo hallará, en éste y en el otro mundo.

AND. Eso no está en nuestra mano, señora.

SRA. DUD. Reverendo, no dije que estuviera. Sabemos por la doctrina que el malo será castigado. ¿Cómo cumpliríamos con nuestro deber y observaríamos la ley de Dios si habíamos de ser tratados lo mismo que aquellos que no tienen más ley que sus antojos y hacen burla de nosotros y de la palabra de su criador?

AND. Pues el padre terrenal de Ricardo sólo cariño tuvo para él; y su juez allá arriba es el padre de todos nosotros.

SRA. DUD. (Olvidándose.) El padre terrenal de Ricardo fué un imbécil..

AND. (Indignado.) ¡Señora!

SRA. DUD. (Un poco avergonzada.) Al fin, yo soy la madre de Ricardo. Si me pongo contra él, ¿quién tiene derecho á ponerse en su favor? (Tratando de halagarle.) ¿No os queréis sentar, mister Anderson? Debía habéroslo preguntado antes, pero estoy tan trastornada...

AND. Gracias. (Toma una silla de al lado del hogar y la coloca de modo de estar cómodamente junto á la lumbre. Después de sentarse empieza á hablar en el tono de quien sabe que aborda un asunto dificultoso.) ¿Os ha dicho Cristóbal algo del nuevo testamento?

SRA. DUD. (Sus inquietudes vuelven.) ¡El nuevo testamento! ¿Pero Timoteo ha ..? (Se interrumpe sofocada, incapaz de terminar la pregunta.)

AND. Sí. En su última hora cambió de idea.

SRA. DUD. (Pálida de rabia.) ¿Y le dejásteis espoliarme?

AND. No estuvo en mi mano impedir que sus bienes los dejara á su hijo.

SRA. DUD. ¡Sus bienes! Nada era suyo. El dinero que tenía era el de mi dote. Me hubiese debido dejar partir con mi hijo como me hubiese parecido bien. No se hubiese atrevido á hacer eso si yo hubiera estado á su lado. Bien lo conoció. Por eso se alejó de aquí como un ladrón para valerse de la ley y robarme á mí, haciendo á mis espaldas nuevo testamento. También es una vergüenza para vos, mister Anderson, ministro del Evangelio, el haber obrado como cómplice suyo en ese crimen.

AND. (Levantándose.) No me ofenderé por lo que decís en el primer momento de vuestra pena.

SRA. DUD. (Despreciativa.) ¡Pena!

AND. Bien, digamos vuestro disgusto, si os place más, y tranquilizad vuestro corazón.

SRA. DUD. ¡Mi corazón! ¡Mi corazón! ¿Y desde cuándo, decidme, habéis empezado á invocar el corazón como guía fidedigno de nuestros actos?

AND. (Algo inseguro) Yo... yo...

SRA. DUD. (Violenta.) No mintais, mister Anderson. Nos han enseñado que el corazón humano es engañoso por demás y sobradamente perverso. Mi corazón no fué de Timoteo, sino de su pobre misero hermano que acaba de morir ahorcado, de Pedro Dudgeon. Vos lo sabeis. El viejo Elías Hawkins, el predicador cuyo sucesor fuísteis, por más que no sois digno de descalzarle, os lo dijo cuando dejó á vuestro cargo nuestras almas. Me puso en guardia y me sublevó contra mi corazón, haciendo que me casara con un hombre temeroso de Dios, pues por tal tuvo á Timoteo. ¿Qué, si no esa doctrina, ha hecho de mí la mujer que soy? Y vos, vos que al casaros seguísteis los impulsos de vuestro corazón me hablais así. Idos á casa á ver á vuestra hermosa mujer y dejadme á mí con mis oraciones. (Le vuelve la espalda y apoya los codos en la mesa, ensimismándose con pensamientos sombríos, sin hacer caso de su presencia.)

AND. (Contento de poder alejarse.) No, Dios no permite que yo sea óbice para que podais acercaros á la fuente de todo consuelo. (Se levanta y va hacia el perchero por su sombrero y su capa.)

SRA. DUD. (Sin mirarle.) Dios sabrá lo que permite y no permite, sin vuestra intervención.

AND. Y á quien ha de perdonar, á Elías Hawkins y á mí mismo, si hemos alguna vez predicado algo que sea contra su santa ley. (Coge su capa y está presto á salir) Permitidme una última palabra, sobre un asunto urgente, señora. La lectura del testamento tendrá que verificarse sin tardar, y Ricardo tiene el dere-

cho de presenciarla. Se halla en la población pero tuvo la atención de decir que no quería imponer su presencia en esta casa.

SRA. DUD. A la fuerza tendrá que venir. ¿O se ha figurado que para su conveniencia vamos á salir de casa nosotros? Que vengan pronto y váyanse pronto. Supongo que el testamento no servirá de pretexto para que se pasen aquí las horas muertas. Yo estaré lista, descuidad.

AND. (Regresando un par de pasos) Señora, un tiempo fué en que yo tenía un poco de influencia con vos. ¿Cuándo la perdí?

SRA. DUD. (Todavía sin volver la cara hacia él.) Cuando os casasteis por amor. Ya tenéis la respuesta.

AND. Sí, ya tengo la respuesta. (Sale meditabundo.)

SRA. DUD. (A sí misma, pensando en su difunto esposo.) ¡Ladrón, más que ladrón! (Se levanta enojada, tira el mantón y empieza á arreglar la habitación para la lectura del testamento, empezando por volver á colocar junto á la pared la silla que ocupó Anderson y ha empujado la suya hacia la ventana. Luego llama con voz dura y repulsiva.) Cristóbal. (No contesta; está profundamente dormido.) Cristóbal. (Le sacude rudamente.) Vamos, despierta, y avergüénzate; ¡dormirte cuando se murió tu padre! (Vuelve hacia la mesa, pone la vela en la chimenea y saca del cajón de la mesa un mantel colorado desdoblándolo.)

CRIST. (Levántase malhumorado.) ¿Pero es que no vamos á dormir hasta quitarnos el luto?

SRA. DUD. No necesito tus observaciones. Más te vale ayudarme á poner la mesa. (Colocan la mesa en medio de la habitación, el extremo de Cristóbal hacia la lumbre y el de la señora Dudgeon hacia el sofá. Cristóbal suelta la mesa lo más pronto posible, va hacia la lumbre y deja que su madre termine de arreglar el resto.) Va á volver el reverendo con el notario y toda la familia para leer el testamento antes de que te hayas tostado á esa lumbre. Anda á despertar á esa muchacha y enciende también la estufa en el cuarto de al lado. Hoy no puedes almorzar aquí. No olvides lavarte y aviarte para recibir á la gen-

te como es debido. (Acentúa esta orden yendo hacia el aparador, abriéndolo y sacando de él una botella de vino que evidentemente ha estado guardada mucho tiempo y algunas copas, colocando todo en la mesa. También saca dos platos verdes de barro en uno de los que pone un pedazo de pan de centeno y un cuchillo al lado. En el otro pone unos bizcochos que saca de una caja de lata, devolviendo á la misma uno ó dos y contando los restantes.) Ahora fíjate: aquí hay diez bizcochos, que no falte ni uno cuando vuelva yo después de haberme vestido. Y no vayas á sacar las pasas del bollo. Y dile lo mismo á Elisa. Supongo que podréis colocar en la mesa los pájaros disecados sin que rompais alguna copa. (Vuelve á colocar la caja de los bizcochos en el aparador y lo cierra, metiéndose la llave en el bolsillo.)

CRIST. (Arrimándose otra vez á la lumbre.) Mejor sería poner el tintero para el notario.

SRA. DUD. Esas no son contestaciones, caballero. Haced lo que se os manda. (Cristóbal se mueve torpemente para obedecer.) Espera; abre la ventana antes de marcharte y deja que entre la luz del día. ¿Crees que voy á hacerlo todo yo mientras tu hagas el gandul?

(Cristóbal quita la tranca de la ventana y la pone á un lado, luego abre la contraventana y deja entrar la luz grisácea de la madrugada. La señora Dudgeon quita el candelabro de la chimenea, apaga la vela, estruja entre las yemas de los dedos mojadas en saliva la mecha para apagarla y vuelve á colocar el candelabro sobre la chimenea.)

CRIST. (Mirando por la ventana.) Viene la señora del reverendo.

SRA. DUD. (Disgustada.) ¡Cómo! ¿Ya viene aquí?

CRIST. Sí.

SRA. DUD. ¿Qué necesidad tiene de estorbarme á esta hora sin dejarme ni tiempo para aviarme?

CRIST. Eso pregúntaselo á ella.

SRA. DUD. (Amenazadora.) Haz el favor de detener la lengua. (El va hacia la puerta, ella le sigue dándole sus instrucciones.) Dile á la muchacha que venga aquí en cuanto almuerce y dile también que se vista y arregle de modo de poderse

presentar ante la gente. (Cristóbal sale y le da con la puerta en las narices.) ¡Vaya unas maneras! (Alguien llama á la puerta de la calle; se vuelve y grita con voz inhospitalaria.) Pase.

(Judith, la mujer de Anderson, entra. Tiene veinte años menos que su marido, por más que nunca tendrá su lozanía y vitalidad. Es bonita, fresca y de porte señoril, y ha sido admirada y mimada tanto, que tiene de sí una opinión bastante favorable para que la fuerza que le falta sea sustituída por una gran seguridad de sí misma. Viste con gusto, y su cara refleja lindamente un carácter sentimental hecho de ensueños. Aun su ligera fatuidad es bonita, como la vanidad de una niña. Para cualquier observador sensible es una criatura conmovedora, considerando como es el mundo. Con todo, se echa de ver que Anderson hubiese podido escoger peor, y que ella, necesitando protección, no hubiese podido escoger mejor.) ¡Ah, sois vos, señora Anderson!

JUD. (Muy cortés, casi en tono protector.) Sí, soy yo. ¿Puedo hacer algo por vos, señora Dudgeon? ¿Queréis que os ayude en arreglar las cosas antes de que vengan para leer el testamento?

SRA. DUD. (Brusca.) Gracias, señora Anderson. Mi casa está siempre aviada para quien quiera entrar en ella.

JUD. (Con amabilidad complaciente.) Sí, así es. Tal vez hubiérais preferido que yo no hubiese llegado tan pronto.

SRA. DUD. ¡Oh! Una más ó menos, no importa esta mañana, señora Anderson. Ya que estáis aquí quedaos. ¿Queréis hacer el favor de cerrar la puerta? (Judith sonríe diciendo: «¡Qué tonta soy!», y cierra la puerta con mucha prosopopeya, como si hiciera algo de extraordinario.) Muy bien. Tengo que ir á mi cuarto y aviarme un poco. Me dispensaréis y me haréis el obsequio de recibir á los que vayan llegando antes de que yo esté lista.

JUD. (Con amabilidad.) Sí, por cierto. Descuidad, señora Dudgeon, y haced lo que tengáis que hacer. (Cuelga del perchero su sombrero y su abrigo.)

SRA. DUD. (Medio burlona.) Ya me figuré que esto le gustaría más que arreglar la casa. (Elisa entra.) ¡Vamos, ya estás tú! (Con severidad.) Ven aquí, deja que te mire. (Elisa avanza tímidamente, la señora Dudgeon la coge rudamente de un brazo y le hace girar para inspeccionar su traje y su peinado, siendo el resultado poco satisfactorio para la muchacha.) ¡Vaya, eso es lo que llamas tú estar peinada! Ya se vé quién eres y cómo te has criado. (Suelta el brazo de Elisa y sigue en tono áspero.) Ahora mírame y haz lo que te mando. Te vas á sentar en esa esquina al lado de la lumbre, y cuando venga la gente no abras la boca hasta que seas preguntada. (Elisa se desliza hacia la chimenea.) Los parientes de tu padre que te vean y sepan que estás ahí. Tanta obligación como yo tienen ellos de impedir que mueras de hambre. De todos modos si quieren lo pueden. Tú guárdate de ponerte á charlar y á tomarte confianzas como si fueses su igual, ¿entiendes?

ELISA Sí, señora.

SRA. DUD. Pues bien, anda y haz como te mando. (Elisa se sienta cabizbaja en la esquina de la chimenea á gran distancia de la puerta.) No hagáis caso, señora Anderson. Ya sabéis quién es y qué es esa. Si os molesta en lo más mínimo decídmelo luego, y ya le sentaré las costuras. (La señora Dudgeon entra en el dormitorio, dando un portazo al salir, como si hasta con las puertas no pudiese dejar de ser áspera.)

JUD. (En tono protector á Elisa y arreglando con más gusto las cosas de la mesa.) No te apures, si tu tía te trata con alguna brusquedad. Es así su carácter. En el fondo es muy buena y te quiere bien.

ELISA (Triste, sin apenas escuchar.) Sí, señora.

JUD. (Enfadada con Elisa por el poco caso que hace de sus consejos y de sus cariñosos esfuerzos para ponerla de buen humor.) Supongo, Elisa, que no tratas de ponerte enfurruñada.

ELISA No.

JUD. Bien; eres una buena muchacha. (Coloca un par de sillas junto á la mesa con el respaldo hacia la

ventana, con la presunción agradable de ser mejor mujer de su casa que la señora Dudgeon.) ¿Conoces á algún pariente de tu padre?

ELISA No, señora. No le trataron nunca. Son demasiado religiosos. Mi padre hablaba á veces de Dick Dudgeon, pero nunca le ví.

JUD. (Ostensiblemente escandalizada.) ¡Has dicho Dick Dudgeon! Elisa, escúchame: si quieres agradar aquí y hacer buenas migas, no debes pronunciar jamás ese nombre. Es un hombre muy malo.

ELISA Pues ¿qué ha hecho?

JUD. Elisa, no debes hacer preguntas sobre él. Eres demasiado joven para saber lo que es ser un hombre malo. Bástete saber que es contrabandista y vive con unos gitanos y no tiene cariño ni á su madre ni á su familia, y los domingos juega y bebe en vez de ir á la iglesia. No dejes que se acerque á ti si lo puedes evitar, Elisa, y procura que ni tú ni ninguna mujer decente se vea manchada por su contacto.

ELISA Bien.

JUD. (Otra vez disgustada.) Me temo que digas «sí» y «no» y «bien» sin saber lo que te dices.

ELISA Es que no dejo de considerar...

JUD. ¿Qué?

ELISA (Casi llorando.) Pues... que también mi padre fué contrabandista y... (Alguien llama.)

JUD. Ya empiezan á llegar. Ahora, Elisa, acuérdate de los mandatos de tu tía y pórtate como es debido. (Cristóbal vuelve con los pájaros disecados y un tintero y los coloca en la mesa.) Buenos días, mister Dudgeon. ¿Queréis hacer el favor de abrir la puerta? Ya va llegando la gente.

CRIST. Buenos días. (Abre la puerta de la calle. Ahora la mañana está esplendorosa y cálida, y Anderson, el primero en entrar, ha dejado en casa su abrigo. Le acompaña el notario Hawkins, un hombre jovial, de media edad, que con sus polainas de montar y sus calzones amarillos lo mismo tiene aire de hacendado como de curial. El y Anderson entran los primeros, como que representan la clase ilustrada; detrás sigue

la familia, á cuya cabeza va el tío mayor Guillermo Dudgeon, un hombre rechoncho y andares pesados, con una nariz coloreada por la bebida y por lo visto de costumbres poco ascéticas en la mesa. Ni su traje, ni el aspecto angustiado de su mujer, denotan en él una posición muy próspera. El tío menor, Tito Dudgeon, es un chisgarabís hinchado de orgullo, con una mujerona tremenda, visiblemente llena de presunción en cuanto á su dinero; los dos están libres de cuidados pecuniarios. Hawkins se dirige inmediatamente hacia la mesa y toma la silla cerca del sofá, porque allí dejó Cristóbal el tintero. Pone su sombrero en el suelo á su lado y saca el testamento. El tío Guillermo se acerca á la lumbre y se coloca de espaldas á la misma para calentarse, dejando sola á su mujer cerca de la puerta. El tío Tito, que es el hombre galante de la familia, ofrece á dicha señora el brazo que le queda libre y la lleva al sofá donde se sienta calentito entre su propia mujer y su cuñada. Anderson cuelga su sombrero y aguarda la ocasión de hablar con Judith.)

JUD. La viuda va á venir al momento. Diles que se sirvan esperar un momento. (Da unos golpecitos en la puerta del dormitorio. Al recibir contestación desde dentro la abre y entra.)

AND. (Tomando su sitio á la mesa frente á Hawkins.) Nuestra pobre y afligida hermana estará al instante con nosotros ¿Estamos todos?

CRIST. (En la puerta de la calle que acaba de cerrarla.) Todos, excepto Dick.

(El desahogo con que Cristóbal pronuncia ese nombre reprobado ofende el sentido moral de la familia. El tío Guillermo menea la cabeza lenta y repetidamente. La señora de Tito echa convulsivamente el aliento por la nariz. Su marido toma la palabra.)

TITO Bien, y espero que nos hará el obsequio de no parecer.

(Todos murmuran asintiendo, excepto Cristóbal, quien va á la ventana y se planta allí mirando afuera. Hawkins se ríe misteriosamente como quien sabe algo que cambiaría la situación, si los demás también lo supiesen. Anderson está molesto: es poco aficionado á las reuniones de familia solemnes, y menos aun á las funerarias. Judith aparece en la puerta del dormitorio.)

JUD. (Con entonación amable.) Amigos mios, aquí te-

nemos á la señora Dudgeon. (Toma una silla de al lado de la lumbre y la coloca para que se siente la señora Dudgeon, la que sale del dormitorio vestida de negro con un pañuelo en los ojos. Todos se levantan, excepto Elisa. La señora de Tito y la de Guillermo sacan también el pañuelo y lloran. Es un momento conmovedor.)

GUILL. ¿No sería para tí un consuelo, hermana mía, si dijésemos una oración?

TITO ¿O cantásemos un himno?

AND. (Algo brusco) Amigos míos, ya estuve esta mañana con nuestra hermana. Bendigámosla en nuestro corazón.

TODOS (Excepto Elisa.) Amén.

(Todos se sientan, excepto Judith, quien está de pie, detras de la silla de la señora Dudgeon.)

JUD. (A Elisa.) Elisa, ¿digiste «amén?»

ELISA (Afligida.) No.

JUD. Entonces dilo, como corresponde, á una muchacha buena.

ELISA Amén.

GUILL. (Animándola) Así está bien, así está bien. Sabemos quien eres, pero estamos dispuestos á quererte si quieres ser buena y merecerlo. Todos somos iguales á los ojos del Señor. (Este sentimiento republicano no gusta á las mujeres las que están persuadidas de que precisamente ante Dios su superioridad muchas veces puesta en duda en este mundo, será reconocida y recompensada.)

CRIST. (A la ventana.) ¡Ahí viene Dick!

(Anderson y Hawkins se sonríen. Elisa, con un destello de interés en su aflicción, levanta la vista. Cristóbal se pone contento y mira con expectación hacia la puerta. Los demás están petrificados; sienten intensamente que su acrisolada virtud está amenazada con el contacto mancillador del vicio nefando. El reprobado hace su aparición en la puerta de la calle, á pesar de su estado pecaminoso iluminado por el sol matutino. Es, sin duda alguna, el individuo más guapo de la familia, pero la expresión de su rostro es de desahogo y de sorna, su manera de ser es de desconfianza y de provocación, su traje está pintorescamente descuidado. Solo su frente y su boca revelan una energía extraordinaria, y sus ojos son los de un fanático.)

RIC. (En el umbral, quitándose el sombrero.) Señoras y señores: vuestro humilde servidor tiene el honor de saludaros. (Después de esa burla evidente, le tira á Cristóbal su sombrero con una violencia, que le asusta á éste y le hace dar un salto, y avanza hacia el centro de la habitación, en donde se vuelve y mide la reunión con sus miradas.) ¡Qué aire más alegre tenéis todos, qué dichosos estáis de verme! (Se vuelve hacia la silla de la señora Dudgeon, y sus labios dejan ver sus dientes como los de de un perro al cruzar con ella una mirada de no disimulado odio.) Vaya, madre, guardáis las apariencias, como siempre. Bien, bien. (Judith, sin disimular, se aleja de su lado á la parte opuesta de la cocina. Se recoge instintivamente el vestido como para preservarlo de ser contaminado. El tío Tito al punto demuestra su aprobación levantándose del sofá y llevándole una silla para que se siente.) ¡Calla, el tío Guillermo! No os había vuelto á ver desde que dejásteis de beber. (El pobre tío Guillermo, avergonzado, quiere protestar, pero Ricardo le da golpecitos afectuosos en el hombro, añadiendo:) ¿Ya no os emborracháis, verdad? (Soltándole con un empujón de broma.) Claro que no, y hacéis bien; fuertecitas las cogíais. (Vuelve la espalda al tío Guillermo y va hacia el sofá.) ¿Y qué es del distinguido chalán del tío Tito? Siempre tan famoso. Venid acá, tío Tito. (Avanza hacia él en el momento en que pone la silla para que Judith se siente.) Como de costumbre, cuidando de los señoras.

TITO (Indignado.) Caballero, avergonzaos...

RIC. (Interrumpiéndole y sacudiéndole la mano á pesar suyo.) Me avergüenzo, me avergüenzo, pero al mismo tiempo me enorgullezco de tener un tío como vos; me enorgullezco de toda mi familia. (Mirandolos otra vez á todos.) ¿Quién al veros no sentira orgullo y alegría? (El tío Tito, amoscado, vuelve á ocupar su sitio en el sofá. Ricardo va hacia la mesa.) Hola, mister Anderson, seguís en vuestra buena obra cuidando de las almas; ya podéis procurar que todos se hagan buenos, reverendo, sí, sí... yo sé lo que me digo. ¡Vaya! (Se sienta bruscamente sobre

la mesa y empuña la botella de vino.) Choquemos los vasos, reverendo, aunque no sea más que para recordar los tiempos antiguos.

AND. Ya sabéis, mister Dudgeon, que entre comidas no suelo beber.

RIC. Para una vez ya podéis hacer una excepción. Ahí tenéis al tío Guillermo; ese, si no recuerdo mal, bebía ya antes de desayunarse. Vaya, un vaso solo; le inspirará para predicar bien. (Huele el vino y pone cara de vinagre.) Aunque la verdad, con el jerez de mi madre, no sé que le diga. Cuando yo tenía seis años le robé un poquito, y desde entonces me hice una persona sobria para toda la vida. (Pone la botella en la mesa y cambia de conversación.) Me han dicho, señor pastor, que os habéis casado y que vuestra esposa es muy linda.

AND. (Señalando con calma á Judith.) Caballero, estáis hablando en presencia de mi mujer. (Judith se levanta con dignidad y tiesura.)

RIC. (Se levanta rápidamente de la mesa con instintiva finura.) Vuestro humilde servidor, señora; dispensadme. (La mira con atención.) Vuestra fama no ha exagerado, pero siento ver, por vuestro aspecto, que sois una mujer buena. (Ella parece ofenderse y se sienta en medio de un murmullo de indignación de sus parientes. Anderson, bastante listo para saber que semejantes manifestaciones sólo pueden enardecer á un hombre decidido á provocar á los demás, conserva su perfecto buen humor.) De todos modos, señor pastor, ahora le tengo más respeto que antes. A proposito: si no me equivoco, he oído decir que nuestro difunto tío Pedro, aunque célibe, era padre...

TITO Sólo tuvo una hija bastarda.

RIC. ¿Sólo una? De modo que te parece poco. Vamos, tío Tito, me ruborizo por ti.

AND. Señor Dudgeon, estáis hablando en presencia de vuestra madre y de su aflicción.

RIC. Esto me conmueve profundamente, señor pastor, pero ya que hablamos de esto, ¿qué ha sido de esa hija?

AND. (Señalando á Elisa.) Aquí la tenéis, os está escuchando.

RIC. (Con gran sinceridad.) ¡Cómo! ¿Por qué, demonio, no me lo habéis dicho desde luego? Mala casa es esta para niños, y yo... (Se adelanta arrepentido hacia Elisa.) Ven acá, primita, no te ofendas, que yo no tuve mala intención. (Ella le echa una mirada de agradecimiento; su cara, bañada en lágrimas, le conmueve, y estalla en ira.) ¿Quién tiene la culpa de que llores; quién la ha tratado mal? Por vida de...

SRA. DUD. (Se levanta y va hacia él.) Calla esa boca empecatada; ya estoy harta de oirte, vete de mi casa.

RIC. ¿Cómo sabes que esta casa es tuya, antes de que se haya leído el testamento? (Se miran un momento con odio feroz y ella se deja caer en una silla. Ricardo, sin preocuparse de nada, pasa por delante de Anderson y va hacia la ventana en donde coge una silla.) Señoras y señores: en mi cualidad de hijo primogenito de mi difunto padre y de indigno jefe de esta casa, os saludo. Con vuestro permiso, señor pastor... si os parece, señor Hawkins; la cabecera de la mesa será para el cabeza de familia. (Coloca su silla á la mesa entre las del sacerdote y el notario; se sienta y se vuelve hacia la reunión con aire presidencial.) La causa que nos reune es asaz triste: mi padre se murió, mi tío fué ejecutado y probablemente se condenó. (Menea la cabeza con sentimiento; los parientes se horrorizan.) Bien, bien, poned caras foscas. (Su voz, al reparar él en Elisa, toma de repente una entonación benévola y grave, ya que sólo en las miradas de esa niña hay esperanza. Brusco.) Vamos, señor notario, al grano, al grano. Leed el testamento.

TITO Señor Hawkins, no os dejéis mandar ni meter prisa.

HAW. (Muy cortés y condescendiente.) El señor Dudgeon, estoy seguro, no tiene intención de ofenderme. No quiero tardar un minuto más. Voy á empezar en cuanto me ponga las antiparras. (Las busca á tientas. Los de la reunión se miran uno á otro con inquietud.)

RIC. ¡Ja, ja! Van notando vuestra cortesía, señor Hawkins. Están oliendo algo. Tomad un vaso de vino para que se aclare la voz, antes de empezar. (Le echa un vaso de vino y se lo da; luego echa otro para sí.)

HAW. Muchas gracias, señor Dudgeon. A vuestra salud.

RIC. A la vuestra, señor. (Lleva el vaso á los labios, pero se para en medio camino, mira el vino con desconfianza y dice con retintín.) Si alguien quisiera traerme un vaso de agua.

(Elisa, atenta á todas sus palabras y movimientos, se levanta al punto y se desliza rápida por detrás de la señora Dudgeon para salir por la puerta del dormitorio, volviendo al instante con una jarra. Con ella en la mano sale de la casa sin hacer el más mínimo ruido.)

HAW. El testamento no está redactado en términos propiamente legales.

RIC. No; mi pobre padre murió sin el consuelo de la ley.

HAW. Bien, señor Dudgeon, bien. (Preparándose para leer.) Voy á empezar, si os parece.

RIC. Adelante. Agradeceremos á Dios lo que tengamos que recibir.

HAW. (Leyendo.) «Esta es mi última voluntad: el testamento de Timoteo Dudgeon, hecho en mi lecho de muerte en Nevinstown, en el camino de Springstown á Websterbridge, á veinticuatro de Septiembre de mil setecientos setenta y siete. Con ello revoco y anulo todos los demás testamentos hechos anteriormente y declaro que estoy sano de espíritu y me doy perfectamente cuenta de lo que hago y que esta es mi verdadera voluntad conforme á mis deseos y afecciones.»

RIC. (Mirando á su madre.) ¡Ah, ah!

HAW. (Meneando la cabeza.) ¡Vaya unos términos, señor, vaya unos términos. Pero, en fin, está claro. «Doy y lego cien libras á mi hijo menor Cristóbal Dudgeon, ó sean cincuenta libras, que le serán pagadas el día que se case con Sarah Wilkins, si ella le quiere como marido, y luego diez libras al nacer cada uno de sus hijos hasta el número de cinco.»

RIC. ¿Y si ella no le quiere?

CRIST. ¿No ha de querer, sabiendo que poseo cincuenta libras?

RIC. Bien, hermano mío. Señor, seguid leyendo.

HAW. «Doy y lego á mi mujer Ana Dudgeon, nacida Ana Primrose...»—Ya veis, señor, que el difunto no entendía de leyes; vuestra madre, la señora Dudgeon, no nació con el nombre de Ana, sino que se lo pusieron en el bautizo.—«Una renta anual vitalicia de cincuenta y dos libras, (La señora Dudgeon, en la que se fijan todas las miradas, se tiene tiesa con esfuerzo convulsivo.) pagaderas de los intereses de su propio dinero...» Vamos, señores, ¿es ese un modo de expresarse? ¡De su propio dinero!

SRA. DUD. ¡Vaya un modo de prepararse á comparecer ante la faz de Dios! Todo era mío. ¡Cincuenta y dos libras!

HAW. «Y le recomiendo, por lo más sagrado, que trate á los hijos con cariño. En vida me interpuse entre ella y ellos lo mejor que pude para bien de todos...»

SRA. DUD. ¡Y esta es mi recompensa! (Rabiosa.) Señor Anderson, ya os he dicho mi opinión sobre el difunto.

AND. No hay más remedio, señora. Tenemos que aceptar lo que se nos da. (A Hasokins.) Proseguid, señor notario.

HAW. «Doy y lego mi casa en Websterbridge con los terrenos anejos á la misma y todo el resto de mis bienes á mi hijo mayor y heredero Ricardo Dudgeon....»

RIC. ¡Oh! ¡Oh! ¡El hijo pródigo al fin viene á ser heredero!

HAW. «Con las siguientes condiciones...»

RIC. ¡Diablo, hay condiciones!

HAW. «Primera; que no deje que la hija natural de mi hermano Pedro se muera de hambre ó por las privaciones sea impulsada hacia una mala vida...»

RIC. (Con énfasis, dando un puñetazo en la mesa.) Conforme.

(La señora Dudgeon se vuelve para lanzar una mira-

da de ira hacia Elisa. No la ve y echa miradas en torno suyo para ver lo que ha sido de la muchacha; entonces, viendo que ha salido de la habitación sin pedir permiso, aprieta los labios con propósito de arreglarle más tarde la cuenta.)

HAW. «Segunda; que trate bien á mi viejo caballo *Jim*...» (Meneando otra vez la cabeza.) Debiera haber escrito *James* y no *Jim*.

RIC. *James* será tratado á cuerpo de rey, lo juro. Seguid.

HAW. «Y conserve á su servicio mi mozo de labranza, Prodger Feston, que es sordo...»

RIC. Prodger tendrá permiso de emborracharse todos los sábados.

HAW. «Tercera; que haga un regalo á Cristóbal el día de su boda, escogiéndole algo entre los adornos de la mejor habitación...»

RIC. (Levantando los pájaros disecados.) Estos son para tí, Cristóbal.

CRIST. (Desilusionado.) Para eso, preferiría los pavos reales de porcelana china.

RIC. También son para tí. (Cristobal se pone muy contento.) Seguid, señor notario.

HAW. «Cuarta y última; que trate de vivir en paz con su madre, en lo que sea posible...»

RIC. (Dudando.) ¡Hum! ¿Hay algo más, señor notario?

HAW. (Solemne.) «Finalmente, doy y entrego mi alma á las manos de mi Criador, pidiendo humildemente perdón por todos mis pecados y faltas, y esperando que él guiará é inspirará á mi hijo de manera que nadie pueda decir que hice mal en confiar en él más que en otros en la perplegidad de mi última hora, acontecida fuera de mi casa.»

AND. Amén.

LOS TÍOS / LAS TÍAS } Amén.

RIC. Mi madre no dice amén.

SRA. DUD. (Levantándose, incapaz de renunciar á sus bienes sin luchar.) Señor notario, ¿es estó un testamento válido? Recordad que poseo su testamento legal, puesto en debida forma por vos mismo, en el que me deja todo á mí.

HAW. Este testamento, señora, esta redactado pésimamente; sin embargo, (Volviéndose cortesmente hacia Ricardo.) á mi juicio, el difunto dispone en él de un modo muy acertado de sus bienes.

AND. (Interviniendo antes de que la señora Dudgean pueda replicar.) No es lo que os preguntan, señor Hawkin. Decidnos si el testamento es válido.

HAW. No ofrece la más mínima duda.

AND. ¿Pero cómo, si el otro está mejor redactado?

HAW. No importa; los tribunales, en habiendo posibilidad, reconocerán los derechos de un varón, máxime cuando se trata del hijo primogénito del testador, contra los de cualquier hembra. Ya os advertí, señora, cuando lograstéis aquel testamento, que á mi entender no era acertado y que, aunque vos se lo hicistéis firmar, él no descansaría hasta revocarlo. Pero no me quisistéis escuchar, y ahora vuestro hijo mayor es el amo de la casa. (Recoge su sombrero del suelo, se levanta y empieza á ordenar sus papeles y antiparras. Esta es la señal de que la sesión se levanta. Anderson descuelga su sombrero del perchero y se reune con el tío Guillermo cerca de la lumbre. Tito descuelga las prendas de Judith y se las entrega galantemente. Los tres del sofá se levantan y charlan con Hawkins. La señora Dudgean, convertida en intrusa en su propia casa, se queda inerte, aniquilada por el peso de la ley adversa a los derechos de la mujer, La acepta, habiendo sido desde que nació acostumbrada á aceptar todas las calamidades monstruosas, como prueba de la grandeza del poder que las impone y de su propia mísera insignificancia. Porque no hay que olvidar que por entonces María Wollstonecraft sólo cuenta dieciocho años y faltan todavía catorce para que escriba su libro sobre los «Derechos de la Mujer». La señora de Dudgeon sale de su apatía al ver á Elisa, que vuelve con la jarra de agua. La muchacha la lleva á Ricardo cuando la señora Dadgeon la para.)

SRA. DUD. (Aspera.) ¿A dónde has ido? (Elisa, sobrecogida, trata de contestar, pero no puede.) ¿Cómo te atreves á salir sin permiso mío?

ELISA El señor pidió agua... (Se para, su lengua se traba por el terror.)

JUD. (Con severidad más suave.) ¿Quién pidió agua? (Elisa, muda, señala á Ricardo.)

RIC. ¡Qué! ¿Yo?

JUD. (Enojada.) Vaya, vaya, muchacha.

RIC. Ahora recuerdo que efectivamente pedí agua. (Coge un vaso y lo tiende á Elisa para que lo llene; la mano de Elisa tiembla.) ¿Qué es eso niña, te asustas de mí?

ELISA (Al punto.) ¡Oh, no! Es que... (Echa el agua.)

RIC. (Bebiendo.) Esta es agua de la fuente del mercado. (Toma otro sorbo.) ¡Qué rica es! Te lo agradezco, chica.

(Desgraciadamente, en este momento hace la casualidad que ve el semblante de Judith, el cual expresa la desaprobación más decidida ante la evidente atracción que ejerce sobre él Elisa, la que le está comiendo con sus miradas agradecidas. Su expresión burlona vuelve al instante. Pone el vaso en la mesa, echa intencionadamente la mano al hombro de Elisa y la lleva al centro de la reunión. Como la señora Dudgeon se halla en un sitio en que impide el paso á la muchacha, Ricardo dice.) Dispensad, madre. (Y la obliga á dejarle libre el paso.) ¿Cómo te llamas, niña?

ELISA Me llamo Elisa.

RIC. Elisa, ya. ¿Y eres buena?

ELISA (Grandemente desilusionada de que le habla Ricardo en este tono.) Creo que sí. (Mira con duda hacia Judith.) Es decir, vamos...

RIC. Dime, ¿has oido hablar alguna vez de un hombre á quien llaman el diablo?

AND. (Indignado.) ¿No os avergonzais con una niña de esa edad?...

RIC. Dispensad, reverendo. No interrumpo nunca vuestros sermones; no interrumpais, pues, los míos. (A Elisa.) ¿Sabes, Elisa, cómo me llaman?

ELISA Os llaman Dick.

RIC. (Riendo, dándole golpecitos en el hombro.) Sí, Dick, pero algo más. ¡Me llaman el discípulo del diablo!

ELISA ¿Por qué lo permitís?

RIC. (Serio.) Porque es la verdad. Me he criado en

el servicio del otro; pero desde un principio conocí que el diablo era mi amo y señor, mi jefe y amigo. Conocí que él tenía razón, y que el mundo sólo por miedo le aborrece. Le diría en secreto mis oraciones, y él me consoló y evitó que mi razón se hundiera en esta casa donde tantas lágrimas de niño ha habido. Le prometí mi alma y le juré solemnemente que sostendría su causa en este mundo y hasta en el otro estar á su lado. (Solemne.) Esa promesa y ese juramento me han hecho hombre. Desde aquel día esta casa es su hogar, y ningún niño ha de volver á llorar aquí: este hogar es su altar, y ningún alma ha de volver á sentarse á su lado sobrecogida y acongojada durante las noches lóbregas. Vamos á ver, (Dirigiéndose con energía á los reunidos) ¿quién de vosotros está dispuesto á recoger á esta niña para sacarla de la casa del diablo?

JUD. (Acercándose á Elisa y echándole al cuello su brazo protector.) Yo estoy dispuesta. Vos debiérais ser quemado vivo.

ELISA Pero si á mí no me hace falta. (Retrocede y deja á Ricardo y á Judith frente á frente.)

RIC. (A Judith) La niña no quiere irse con vos, virtuosísima señora.

TITO Tened cuidado, Ricardo Dudgeon; la ley...

RIC. (Se vuelve con aire amenazador hacia él.) Tened cuidado vos. Dentro de media hora no habrá sino la ley marcial. A unas seis millas de aquí topé con los soldados: antes del mediodía la horca del comandante Swindon se levantará en el mercado.

AND. (Con calma) ¿Y qué tenemos nosotros que temer de eso, señor?

RIC. Más de lo que os figurais. En Springtown ahorcó á uno por equivocación: creyó que el tío Pedro era respetable, porque los Dudgeon gozan de buena fama. Pero á la próxima ocasión querrá hacer un escarmiento cogiendo á la persona más respetable de la población, si puede probarle haber pronunciado una sola palabra sediciosa. Pues bien, todos somos rebeldes, bien lo sabéis.

TODOS (Menos Anderson.) No, no, no.

RIC. Sí lo sois. No habeis como yo renegado del rey Jorge, pero habeis implorado en vuestras oraciones su derrota; y vos, Antonio Anderson, hasta habeis descuidado el servicio divino y vendido vuestra Biblia de familia para compraros un par de pistolas. Sin embargo, tal vez á mí no me ahorquen, porque el efecto moral de apretarme á mí el gaznate sería bastante escaso. Pero un presbítero ya sería otra cosa. (Judith lanza una mirada de terror hacia su marido.) O un notario (Hawkins sonríe como quien ya sabrá evitarse todo daño.) ó un honrado chalán, (El tío Tito se precipita con furor y terror hacia él.) ó un bebedor convertido. (El tío Guiliermo, fuera de sí de espanto, se lamenta y tiembla.) ¿Qué os parece? No dejaría de ser una prueba de que el rey Jorge sabe hacer las cosas.

AND. (Con calma perfecta.) Ven, querida; este hombre trata de meternos miedo. No hay peligro. (Saca á Judith fuera de la casa; los demás le siguen precipitadamente, excepto Elisa que se queda cerca de Ricardo.)

RIC. (Con burla impetuosa.) Vamos á ver, ¿quién de vosotros quiere estar de mi parte y ayudarme á izar la bandera americana sobre la casa del diablo y pelear por la libertad? (Todos escapan, Cristóbal inclusive. y se atropellan mutuamente al salir.) ¡Ah, ah, viva el diablo! (A la señora Dudgeon, que sigue á los demás.) ¿Cómo madre, también vos os vais?

SEÑ. DUD. (Mortalmente pálida, con la mano sobre el corazón como si acabase de recibir una puñalada.) ¡Mi maldición sobre tí! ¡Maldito hasta la muerte! (Sale.)

RIC. (Gritando detrás de ella.) Vuestra maldición me traerá la suerte. ¡Ja, ja!

ELISA (Angustiada.) ¿No me permitís quedarme?

RIC. (Volviéndose hacia ella.) ¿Qué veo? En su temor por la propia vida se han olvidado de salvar tu alma. Quédate. (Se vuelve otra vez hacia ellos y les enseña el puño. La mano izquierda, crispada también, cuelga hacia abajo. Elisa se la coge y la besa

y sus lágrimas la rocían. El las mira con fijeza.) ¡Lágrimas! El bautizo del diablo. (Ella cae de rodillas sollozando. El se inclina con aire bondadoso hacia ella para levantarla y dice:) Llora, llora, pobre niña, todo lo que quieras.



ACTO SEGUNDO

La casa del pastor Anderson está situada en la calle Mayor de Websterbridge, cerca de la Casa de la Villa. Es bastante más espaciosa que la sencilla alquería de los Dudgeon, pero así y todo es también tan humilde que en nuestra época no produciría más renta que aquella. En la habitación principal se ve la misma clase de hogar con su caldera y asador, y de un clavo trabadero cuelga una parrilla grande. En una rejilla de hierro hay cacharros y sartenes. La puerta, entre el hogar y el rincón de la habitación, es de madera lisa, sin picaporte ni cerradura y sólo cierra con una falleba. La mesa es de cocina y está cubierta con un hule color arrope, desgastado por el uso en las esquinas. El servicio de te consta de dos tazones macizos y una tetera basta de las más ordinarias, una jarra para la leche y otra para el agua caliente, ambas de un cuartillo de cabida. Todo está encima de una bandeja negra de laca japonesa. En el centro de la mesa hay una tabla de trinchar y en ella un pan grande y una mantequera con media libra de manteca en forma cúbica. Al otro lado de la habitación, enfrente del hogar, se ve un gran ropero de roble. No es objeto de adorno sino de uso. La levita vieja del sacerdote cuelga de un gancho detrás de la puerta, lo que indica que míster Anderson no está en casa, pues cuando está cuelga allí la levita de salir. Sus grandes botas de montar están junto al ropero, evidentemente en su sitio acostumbrado y como orgullosas de estar allí. Por lo visto, las habitaciones no están todavía divididas en cocina, comedor y dormitorios, de

modo que la casa no está más elegante que la de los Dudgeon.

Sin embargo, existe una diferencia. Desde luego la señora Anderson es una persona de trato más agradable que la señora Dudgeon, á lo cual esta última podría replicar, y no sin razón, que aquella no tiene hijos de que cuidar, ni gallinas, ni cerdos, ni ganado alguno. A consecuencia de su posición no depende directamente de los precios del mercado y las cosechas. Tiene á su lado un amante esposo, un apoyo firme para ella, en una palabra, la vida en casa del pastor es tan fácil y agradable como dura y difícil en la alquería. Eso es verdad, pero explicar un hecho no es remediarlo, y por poco que sea el mérito de la señora Anderson de haber sabido crear un hogar feliz, lo importante es haberlo logrado. Los signos visibles de sus pretensiones sociales superiores son: una alfombra en el suelo, un enlucido de yeso entre las vigas del techo y sillas que, si bien no están tapizadas, están pintadas y pulimentadas. Las bellas artes están representadas por una oleografía, el retrato de algún santo presbiteriano, un grabado en cobre, San Pablo predicando en Atenas, de Rafael, un reloj rococó sobre el tablero de la chimenea, con una miniatura, un perro de porcelana sosteniendo con la boca una cestita y una concha grande en cada lado. Un detalle bonito de la habitación es también la ventana baja y ancha, de reja. Ocupa casi todo el ancho de la pared y tiene visillos colorados hasta la mitad de su altura, sujetos en una varilla de cobre, que templan la luz del sol. No hay sofá, pero uno de los asientos, cerca del ropero, tiene respaldo y es bastante largo para que en él se acomoden con facilidad dos personas. En conjunto viene á ser una especie de habitación como en el siglo XIX, bajo la dirección de míster Philip Webb y sus discípulos en la arquitectura doméstica, se preconiza cual modelo, pero hace cincuenta años no la hubiese tolerado ningún pastor decente.

Está anocheciendo, y la habitación está sumida en la oscuridad, sólo atenuada por el suave reflejo de la lumbre en el hogar y los opacos faroles de aceite que al través de la ventana se divisan en la calle húmeda, en donde cae una lluvia continua, cálida, apacible. Al dar el reloj de la población el cuarto, Judith entra con un par de candeleros de barro en los que hay velas encen-

didas y los coloca sobre la mesa. Su aire de seguridad de la mañana ha desaparecido, parece angustiada y asustada. Va hacia la ventana y mira á la calle. Lo primero que ve allí es su marido quien bajo la lluvia viene corriendo á casa. Lanza un pequeño suspiro de alivio que casi se parece á un sollozo y se vuelve hacia la puerta. Anderson entra envuelto en un abrigo calado por la lluvia.

JUD. (Precipitándose hacia él.) ¡Ay, estás aquí por fin, por fin! (Trata de abrazarle.)

AND. (La aparta de sí.) Cuidado, querida, estoy mojado. Espera hasta que me quite el abrigo. (Coloca una silla con el respaldo á la lumbre, cuelga en él su levitón á secar, sacude la lluvia de su sombrero y le pone en la rejilla de la chimenea y finalmente extiende los brazos hacia Judith.) ¡Ahora! (Ella se precipita en sus brazos.) No me habré retrasado, supongo. El reloj de la torre dió el cuarto cuando entré por la puerta de casa; y ese reloj siempre está adelantado.

JUD. Estoy segura de que hoy retrasa. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

AND. (Apretándola más en sus brazos.) ¿Tenías miedo?

JUD. Un poco.

AND. Pero ¿qué veo? ¿Has llorado?

JUD. Solo un poquito. No hagas caso, ya pasó. (Se oye á lo lejos sonar un cuerno. Se sobrecoge y se retira hacia el banco de respaldo, escuchando.) ¿Qué es eso?

AND. (Siguiéndola con ternura hasta el banco y obligándola á sentarse con él.) No es más que el rey Jorge, querida. Está regresando á los cuarteles, ó está pasando lista, ó se prepara á tomar el té, ó se pone las botas ó ensilla los caballos, ó haciendo cualquier otra cosa. Ya se sabe, los soldados, cuando necesitan algo, no tocan la campanilla ni llaman por la escalera; mandan a uno con un cuerno y molestan á toda la población.

JUD. ¿Crees que realmente no haya ningún peligro?

AND. Ni el más mínimo.

JUD. Esto lo dices para tranquilizarme, pero no porque lo crees así.

AND. Querida mía, en este mundo siempre existe peligro para quien lo teme. Existe el peligro de que durante la noche se incendie la casa, pero no por ello dejaremos de dormir con toda tranquilidad.

JUD. Ya sé lo que dices siempre. Y tienes razón, mucha razón, pero... se me figura que no tengo mucho valor. Se me oprime el pecho cada vez que pienso en los soldados.

AND. No te preocupes por eso, querida; muchas veces la valentía cuesta no poco trabajo.

JUD. Sí, ya lo veo. (Abrazándole de nuevo.) ¡Oh, cuán valiente eres tú, mi Antonio. (Con lágrimas en los ojos.) Pues quiero ser valiente también; no tendrás que avergonzarte de tu mujer.

AND. Bien, así me gusta. Valor, valor. (Se levanta y se acerca alegre á la lumbre para secar sus zapatos.) Al volver a casa quise hacer una visita á Ricardo Dudgeon, pero no lo encontré.

JUD. (Levantándose atónita.) ¡A ese hombre fuiste á ver!

AND. (Tranquilizándola.) ¡Oh! nada ha pasado, hija. No estaba en casa.

JUD. (Casi llorando, como si aquella visita fuese una humiilación personal para ella.) Pero ¿á qué fuiste á aquella casa?

AND. (Serio.) Pues te lo voy á decir. Corren voces de que el comandante Swindon lleva intenciones de repetir lo que hizo en Springtown, es decir de hacer un escarmiento ahorcando á algún rebelde conspícuo, pues así nos llama, rebeldes. Allá fijó su atención en Pedro Dudgeon como de peor carácter, y se cree que aquí, por igual calificación, le tocará la china á Ricardo.

JUD. Pero si Ricardo dijo...

AND. (Interrumpiéndola festivo.) ¡Bah! ¡Ricardo dijo! Dijo cosas que él creía nos asustarían á tí y á mí, querida. Dijo lo que quizás—Dios le perdone—deseara. Es una cosa terrible pensar lo que debe significar la muerte para un hombre como él. Me sentí obligado á darle

un aviso. Dejé un recado para él en su casa.

JUD. (Inquieta.) ¿Qué recado?

AND. Pues que tendría gusto en verle un momento para hablarle de un asunto de importancia para él, y que si podía pasarse por casa, sería bien venido.

JUD. (Con espanto.) ¡A ese hombre has llamado á tu casa!

AND. Pues sí.

JUD. (Dejándose caer en el banco y juntando las manos.) Espero que no vendrá. ¡Dios quiera que no venga!

AND. ¿Por qué? ¿No quieres que se le avise?

JUD. Ya sabrá él lo que amaga. ¡Oh, Antonio! ¿no es pecado odiar á un impío criminal? Yo le odio. No puedo echarle fuera de mi pensamiento, parece como que presiento que nos traerá la desgracia. Nos insultó á todos, á mí, á tí, á su propia madre.

AND. (Con calma.) Pues bien, querida, perdonémosle y todo está arreglado.

JUD. ¡Oh! ya sé que no está bien el odiar á quien sea, pero...

AND. (Acercándose á ella con jovial ternura.) Vamos, querida, no eres tan mala como te figuras. El mayor pecado para con nuestro prójimo no es odiarle, sino que nos sea indiferente: esta es la esencia de lo inhumano. Si quieres observar á la gente con atención, verás lo mucho que el amor se parece al odio. (Ella abre los ojos con extrañeza, con susto aún. El prosigue sonriendo.) Sí, sí, hablo en serio. ¿No ves como entre nuestros conocidos casados hay bastantes que se amargan la vida mútuamente, se espían, se tienen celos, no pueden perderse de vista un solo día sin sospechar uno de otro, y más que amantes esposos se parecen á carceleros y amos de esclavos? Pues esas mismas personas, tan escrupulosas, tan cariñosas, tan respetuosas de sus propios derechos y los ajenos, en el fondo, pueden, si se presenta la ocasión, ser mejores amigos de sus enemigos que de sus

propios consortes. Vamos, no le des vueltas, querida: en el fondo quieres más á Ricardo que á mí, solo que no te lo conoces.

JUD. ¡Oh! no digas eso, Antonio, ni aun en broma. No sabes lo que me produce el oirte hablar así.

AND. (Riendo) Bien, bien, no hagas caso, nena. El es un hombre muy malo, y tú le odias como se merece. A todo eso ¿está hecho el té?

JUD. (Con remordimiento.) ¡Ay! se me había olvidado. Después de tanto esperarte, no lo he hecho. (Va á la lumbre y coloca en ella la olla.)

AND. (Va al arcón y se quita el abrigo.) ¿Cosiste la manga de mi abrigo viejo?

JUD. Sí, querido. (Va hacia la mesa y saca té del bote para echarlo en la tetera.)

AND. (Cambia de abrigo y cuelga el nuevo.) ¿No ha venido nadie en mi ausencia?

JUD. Nadie, únicamente... (Alguien llama á la puerta. Con un salto que demuestra su nervosidad extremada se retira hacia el otro extremo de la mesa con el bote del té y la cuchara en manos, y grita:) ¿Quién?

AND. (Acercándose á ella y dándole palmaditas en el hombro para animarla) Tranquilízate, hija, sea quién quiera, no te comerá. (Ella trata de sonreirse pero á poco llora. El va hacia la puerta y la abre. Aparece Ricardo, sin abrigo ni capa.) ¿Por qué no habéis abierto y entrado, señor Dudgeon? Con nosotros no hay que usar cumplidos. (Hospitalario.) Vamos, entrad. (Ricardo entra sin cuidado y se para delante de la mesa, lanza una mirada á su alrededor y toma un aire burlón á la vista de los cuadros representando santos. Judith fija la vista en el bote del té.) ¿No ha cesado de llover todavía? (Cierra la puerta)

RIC. Llueve, como si el mismísimo dem... (Su mirada se cruza con la de Judith, que levanta la cabeza con rapidez y altanería.) Dispensad... pero (Señalando su casaca mojada.) Ya veis...

AND. Quitaos la casaca, señor Dudgeon, y colgadla un momento á la lumbre. Mi mujer dispensará que estéis en mangas de camisa. Judith, echa una cucharada más de té para el señor Dudgeon en la olla.

RIC. (Mirándole con cinismo.) Vamos, lo que hace el dinero. Hasta vos, señor ministro, sois cortés para conmigo desde que heredé los bienes de mi padre. (Judith tira indignada la cuchara.)

AND. (Sin ofenderse en lo más mínimo, ayuda á Ricardo á quitarse la casaca.) Creo, señor Dudgeon, pues aceptais mi hospitalidad, que no podéis tener de mí tan mala opinión. Servíos tomar asiento. (Con la casaca de Ricardo en la mano, señala la silla buena. Ricardo, en mangas de camisa, le mira un momento con aire agresivo; luego se convence de que son buenas las intenciones del saeerdote y se sienta. Anderson quita de la lumbre su propia levita y cuelga en la silla la casaca de Ricardo.)

RIC. Vengo á consecuencia de vuestro recado que decía que teníais que hacerme una comunicación de importancia.

AND. Quiero poneros en guardia. Me lo manda mi deber.

RIC. (Levantándose rápidamente.) ¿Queréis hacerme un sermón? Dispensad; en ese caso prefiero pasearme bajo la lluvia. (Se dirige hacia su caaeca)

AND. (Deteniéndole.) No os asustéis, señor Dudgeon, no soy amigo de los sermones largos, estais seguro. (Ricardo se sonríe involuntariamente; su mirada se suaviza, hasta hace un gesto como de pedir excusas. Anderson nota que le ha reconciliado y hblále en tono serio.) Señor Dudgeon, os amenaza en esta población un grave peligro.

RIC. ¿Qué peligro?

AND. El que corrió vuestro tío, la horca del comandante Swindon.

RIC. Vos mismo sois quien corre ese peligro; ya os lo avisé antes.

AND. (Le interrumpe con buen humor, pero con decisión.) Sí, sí, señór Dudgeon, pero en la población se dice otra cosa. Y aunque fuese verdad que me amenaza á mí el peligro, tengo aquí deberes á los que no me puedo sustraer, mientras vos sois un hombre libre. ¿A qué, pues, exponeros inútilmente quedándoos?

RIC. ¿Creeis que se perdería mucho si me ahorcaran?

AND. Creo que toda vida humana es digna de ser

salvada. Ricardo se inclina irónicamente, Anderson le replica del mismo modo.) Vamos á tomar una taza de té para evitar que os resfrieis.

RIC. Observo que vuestra señora no insiste en eso tanto como vos.

JUD. (Resentida porque esperó que su esposo, aunque no fuese más que por ella, rechazaría las groserías de Ricardo.) Sois bien venido, por consideración á mi esposo. (Lleva la tetera á la lumbre y la coloca en las trébedes.)

RIC. Ya sé, señora, que no soy bien venido por mí mismo. (Se levanta.) Por eso creo, señor ministro, que no debo tomar nada en esta casa.

AND. (Como ofendido.) ¿Qué motivos tenéis para ello?

RIC. Porque hay algo en vos que me inspira respeto, y esto me hace desear contaros entre mis enemigos.

AND. Muy bien dicho. En estas condiciones, caballero, aceptaré vuestra enemistad y la de cualquiera persona Judith, el señor Dudgeon tomará el té con nosotros. Sentaos, que dentro de pocos minutos estará hecho. (Ricardo le mira con ojos turbios; luego se sienta inclinando la cabeza para ocultar que la garganta se le cierra convulsivamente.) Precisamente, señor Dudgeon, estaba diciendo á mi mujer que la enemistad... (Judith le coge la mano y le mira con expresión suplicante; ambas cosas con una violencia que le para al punto.) En fin, bien, no debo hablar, según veo; no era nada, sin embargo, para hacernos peores amigos, quiero decir peores enemigos. Judith es una gran enemiga de vos.

RIC. Si todos mis enemigos fuesen como la señora, yo sería el mejor cristiano de América.

AND. (Contento, acariciándola.) ¿Lo oyes, Judith? El señor Dudgeon sabe ser galante. (Desde fuera se vuelve el picaporte.)

JUD. (Con ojos asustados.) ¿Qué es eso? (Entra Cristóbal.)

CRIST. (Queda parado al ver á Ricardo.) ¡Cómo!... ¡Tú aquí!

RIC. Sí, ¿y qué? Tú, tonto, puedes largarte. La señora Anderson no va á convidar á toda la familia á tomar té.

CRIST. (Metiéndose más adentro.) Nuestra madre está muy mala.

RIC. Bien; ¿desea verme?

CRIST. No.

RIC. Ya me lo figuré.

CRIST. Desea ver al señor pastor en seguida.

JUD. (A Anderson.) No te vayas sin tomar el té.

AND. Querida, más me gustará cuando vuelva. (Se prepara para coger su levita.)

CRIST. Ya cesó la lluvia.)

JUD. (Cogiendo la levita y descolgando del perchero su sombrero.) ¿Dónde está tu madre, Cristobal?

CRIST. En casa del tío Títo.

AND. ¿Has avisado al médico?

CRIST. No; madre, no me lo mandó.

JUD. Pues avísale en seguida, te acompañaré hasta la puerta de su casa. (Cristóbal se vuelve para salir.) Espera un momento. Tu hermano estará deseando saber los particulares.

RIC. ¿Yo? ¡Bah! El no sabe nada, y yo no tengo empeño en saber... (Con violencia.) Andate, vete, imbécil. (Cristóbal sale corriendo. Ricardo añade algo avergonzado:) Ya lo sabremos bastante pronto.

AND. Bien, tal vez yo mismo pueda traerle noticias dentro de un rato. Judith, échale té al señor Dudgeon y hazle compañía hasta que yo vuelva.

JUD. (Pálida y temblorosa.) Pero yo...

AND. (Cogiéndole las manos é interrumpiéndola para tapar su agitación.) Querida, ¿puedo tener confianza en tí?

JUD. (Con un esfuerzo lastimero para mostrarse digna de su confianza.) Sí.

AND. (Apretando la mano de Judith contra su propia mejilla.) No hagais caso, señor Dudgeon, de los viejos enamorados como nosotros. (Saliendo.) No os digo buenas noches, porque estaréis aquí cuando vuelva. (Sale. Le ven al través de la ventana alejarse. Luego se miran mutuamente cohibidos y desconcertados. Ricardo, notando la crispación de los labios de Judith es el primero en recobrar el dominio sobre sí mismo.)

RIC. Señora, me doy perfectamente cuenta de la

índole de vuestros sentimientos para conmigo. No quiero en modo alguno serviros de estorbo. Adiós, pues. (Otra vez mira hacia el hogar para coger su casaca.)

JUD. (Interponiéndose rápida entre él y la casaca.) No, no. No os vayais, por favor.

RIC. (Aspero.) ¿Por qué no? Si estais deseando que me vaya.

JUD. Sí, yo... (Retorciéndose las manos con desesperación.) ¡Oh, si os dijese la verdad, lo aprovecharíais para atormentarme!

RIC. (Indignado.) ¡Atormentaros! ¿Qué motivos os he dado para juzgarme así? Veo que lo mejor será marcharme.

JUD. Deseo que os quedeis, pero (Con arrechucho de niña enfadada.) no es porque me seais simpático.

RIC. ¿De veras?

JUD. Sí, mejor fuera para mí que os fuérais que no interpretar mal mis palabras. Os aborrezco y os temo, y mi esposo lo sabe. Si no os encontrase aquí al volver, creería que le había desobedecido despidiéndoos.

RIC. (Irónico.) Mientras que, lejos de eso, os mostrásteis tan amable, tan hospitalaria, tan encantadora, que no hubo más remedio para mí que quedarme. (Judith, incapaz de resistir el ataque, se deja caer sobre una silla y estalla en llanto.) Por Dios, no lloreis. Os lo suplico. (Colocando la mano en el pecho como sobre una herida.) El, siendo hombre, me oprimió el corazón. Ahora, vos, siendo mujer, me lo lacerais. ¿No os ha levantado por encima de mis insultos como á sí mismo? (Ella cesa de llorar y recobra algo el dominio sobre sí, mirándole con extraña curiosidad.) Vamos, menos mal. (Con amabilidad.) Estais mejor ahora, ¿verdad? (Le pone la mano en el hombro como para animarla. Ella al punto se levanta altanera y le mira con desconfianza.) Bien, bien, así. Sois otra vez vos, y yo soy otra vez yo. Vamos á tomar tranquilamente el té como dos personas de juicio y á esperar el regreso de vuestro esposo.

JUD. (Un poquito avergonzada.) Como os plazca. Sien-

to, siento haberme dejado llevar por mi intranquilidad. (Se levanta y coge del vasar el plato con las tostadas.)

RIC. Y yo siento, por vos, que soy... quien soy. Permitidme. (Le coge el plato y va con él hacia la mesa.)

JUD. (Siguiendo con la tetera.) Tomad asiento. (Ricardo se sienta al extremo de la mesa, cerca del arcón. Allí hay, puestos en la mesa, un plato y un cuchillo. Hay otro plato muy cerca, pero Judith se queda al otro extremo de la mesa, cerca de la lumbre, y se sienta allí, arrimando la tabla con el servicio á su lado.) ¿Quereis azúcar?

RIC. No, pero sí mucha leche. ¿Permitís que os ponga una tostada? (Coloca una tostada en el segundo plato y se lo da, con el cuchillo. Esta acción demuestra que Ricardo bien conoce que ella ha dejado de ocupar su sitio acostumbrado para estar lo más lejos posible de él.)

JUD. (Consciente.) Muchas gracias. (Le da una taza de té.) Tomad lo que gusteis.

RIC. Gracias. (Pone en su propio plato una tostada, y ella se echa té.)

JUD. (Observando que no toma de nada.) ¿No os gusta? No probais nada.

RIC. Tampoco vos.

JUD. (Nerviosa.) A mí el té no me hace mucho tilín. Pero no os preocupeis de mí.

RIC. (Mirando pensativo á su alrededor.) Estoy reflexionando. Es tan extraño lo que pasa por mí. Veo la hermosura y la paz de este hogar; nunca en mi vida he sentido una calma tan grande como en este momento, y, sin embargo, sé que jamás podré gozar de semejante felicidad. No está en mi naturaleza, por lo visto, el ser domesticado. Pero no dejo de conocer que es muy hermoso, que es casi sagrado. (Queda un momento ensimismado y luego se ríe silenciosamente.)

JUD. (Con viveza.) ¿Por qué os reís?

RIC. Se me pasó por el magín que si algún extraño entrase en este momento, nos tomaría por marido y mujer.

JUD. (Ofendido.) ¿Queréis decir con eso que vues-

tra edad corresponde más á la mía que la de mi marido?

RIC. (Sorprendido por esa salida.) No he tenido semejante pensamiento. (Otra vez sardónico.) Veo que los goces domésticos también tienen sus lunares.

JUD. (Enfadada.) Prefiero un marido á quien todo el mundo respeta á... á...

RIC. Al discípulo del diablo. Teneis razón, pero os diré que vuestro cariño le ayuda á ser un hombre bueno, así como vuestro odio me ayuda á ser un hombre malo.

JUD. Mi esposo ha sido muy bueno para con vos. Os ha perdonado vuestros insultos y en este momento está tratando de salvaros. ¿No podéis perdonarle el ser mejor que vos? ¿Cómo podéis atreveros á rebajarle hasta el punto de poneros en su lugar?

RIC. ¡Yo, ponerme en su lugar!

JUD. Sí. Dijistéis que si alguien entrase nos tomaría por marido y mujer y... (Se queda parado presa del terror al ver que un piquete de soldados pasa por la calle.) ¡Soldados ingleses! ¿Qué querrán?

RIC. (Escuchando.) Silencio.

UNA VOZ (Fuera.) ¡Alto! Cuatro números se quedarán fuera. Dos adentro conmigo.

(Judith se levanta un poco, escuchando y mirando con ojos dilatados á Ricardo, quien prosaicamente levanta su taza y sorbe el té cuando la puerta se abre con violencia y entra en la habitación un sargento inglés con dos soldados que se colocan á ambos lados de la puerta. El Sargento se acerca con rapidez á la mesa.)

SARG. Siento mucho, señora, molestaros. Pero cumplo con mi deber. Antonio Anderson, os arresto por rebelde á nombre del rey Jorge.

JUD. (Señalando á Ricardo.) Pero si no es él. (El levanta súbitamente la vista hacia ella con expresión severa. Ella se tapa de repente la boca con la mano que había levantado para señalarle y se queda como petrificada.)

SARG. Vamos, señor párroco; poneos la ropa y seguidme.

RIC. Voy en seguida. (Se levanta y da un paso hacia su casaca; luego se acuerda y echa una mirada á su alre-

dedor hasta que descubre la levita negra del párroco, colgada por encima del arcón. La coge y se la pone. La idea de hacer él un papel de sacerdote le hace gracia. Se mira las mangas negras y sonríe maliciosamente á Judith, cuya cara blanca como la tiza demuestra que no es lo cómico, sino lo trágico de la situación lo que le hace efecto. Se vuelve hacia el Sargento, el que se acerca con unas esposas que tenía ocultas detrás de su espalda y dice con calma:) ¿Habéis alguna vez arrestado á un hombre que llevara el hábito, Sargento?

SARG. (Instintivamente respetuoso, medio para con el hábito negro, medio para con la buena crianza de Ricardo.) No señor. Es decir, una vez arresté á un capellán castrense. (Enseñando las esposas.) Siento mucho, señor, pero mi deber...

RIC. En seguida. Os agradezco vuestras consideraciones. (Le tiende las manos.)

SARG. (No le aplica todavía las esposas.) Sois un caballero y os debo respeto. Si queréis despediros de vuestra esposa antes de que vayamos...

RIC. (Sonriendo.) ¡Oh, supongo que nos veremos otra vez antes de...! (Quiere decir antes de que me ahorquen.)

SARG. (Bullicioso, con amabilidad ostentativa.) Claro, claro que sí. No hay motivo para que la señora se alarme. Sin embargo (Con voz baja á Ricardo.) despedíos de ella.

(Se miran de un modo significativo durante un momento. Luego Ricardo lanza un profundo suspiro y se dirige á Judith.)

RIC. (Con voz muy clara.) Querida mía. (Ella le mira, lastimeramente pálida, y trata de contestar, pero no puede... También trata de ir hacia él, pero tiene que apoyarse en la mesa para no caer.) Este caballero tiene la fineza de dejarnos un momento para que nos despidamos. (El Sargento se retira con delicadeza y se coloca con sus hombres junto á la puerta.) El hombre trata de ocultarte la verdad, pero más vale que la sepas. ¿Me estás oyendo? (Ella menea la cabeza afirmativamente.) ¿Conoces que me llevan á la horca? (Ella vuelve á menear la cabeza.) Pues bien, tú tienes que encontrar al amigo que ha estado aquí

con nosotros. ¿Entiendes? (Ella menea otra vez la cabeza.) Trata de que se ponga en salvo. Por tu vida te ruego que no le digas nada del peligro en que me encuentro, pero si lo llega á saber, convéncele de que no me puede salvar; á él le ahorcarían, pero á mí también. Y dile que estoy firme en mi religión como él en la suya y que confíe en mí hasta la muerte. (Se vuelve para marcharse y encuentra la mirada algo suspicaz del Sargento. Reflexiona un momento, luego, volviéndose bruscamente hacia Judith, con una sonrisa en medio de su seriedad, le dice.) Y ahora, querida mía, me temo que el Sargento no nos tome por marido y mujer si no me das un beso.

(Se acerca con los brazos abiertos. Ella se precipita en ellos.)

JUD. (Con palabras entrecortadas.) Yo debiera... es un asesinato...

RIC. Nada, un beso solo (En voz baja.) por amor á él.

JUD. No puedo. Vos debéis...

RIC. (Oprimiéndola en sus brazos con un sentimiento de compasión.) ¡Pobrecita mía! (Judith, con un esfuerzo súbito, le echa los brazos al cuello, le besa y cae desvanecida en tierra, como si ese beso la hubiese matado.)

RIC. (Yendo rápidamente hacia el Sargento.) Ahora, Sargento, daos prisa antes de que vuelva en sí. Vengan las esposas. (Tiende las manos.)

SARG. (Metiéndoselas en el bolsillo.) Nada de eso, caballero. Me fío de vos, no tenéis doblez. Hubierais debido seguir la carrera militar. Servíos poneros entre estos dos. (Los soldados se colocan, uno delante, otro detrás de Ricardo. El Sargento abre la puerta.)

RIC. (Echando una última mirada á la habitación.) Adiós, esposa mía; adiós, hogar. Redoble el tambor y adelante.

(El Sargento hace un ademán y todos salen rápidaménte)...................................

....

(Al regresar Anderson, después de su visita á la señora Dudgeon, se queda atónito al encontrar la habita-

ción al parecer vacía y casi á oscuras, exceptuando el brillo mortecino de la lumbre. Una de las velas se acabó y la otra está en las últimas.)

AND. ¿Pero qué pasa? .. (Llamando.) ¡Judith, Judith! (Escucha, no recibe contestación.) ¡Por Dios! (Va hacia el aparador, saca del cajón una vela, la pone en el candelero, la enciende y mira con extrañeza el té sin probar en la mesa. Se quita el sombrero y menea la cabeza con inquietud. Su mirada de repente encuentra á Judith tendida sin movimiento en el suelo. Se precipita hacia ella, se arrodilla y le levanta la cabeza.) ¡Judith mía! ¿qué tienes?

JUD. (Volviendo en sí; la emoción recibida la había hundido en una especie de sueño.) ¿Me llamaste? ¿Qué pasa?

AND. Acabo de entrar y te encuentro caída en tierra, las velas consumidas, el té echado y frío. ¡Por Dios, dime lo que ha sucedido!

JUD. (Todavía extraviada.) No sé. Me habré dormido. Supongo que... (Se para de repente.) En fin, no sé.

AND. (Murmurando.) Dios me perdone haberte dejado sola con aquel infame. (Judith se acuerda. Con un grito angustiado se agarra á sus hombros y se cae de rodillas al mismo tiempo que él la quiere levantar. El la aprieta tiernamente en sus brazos.) ¡Pobrecita mía!

JUD. (Agarrándose frenéticamente de él.) ¿Qué voy á hacer? Dios mío, ¿qué voy á hacer?

AND. No te preocupes, no te preocupes, queridita. La culpa la tengo yo. Lo principal es que ya estás salva. No tendrás alguna herida, supongo. (Le desase los brazos para ver si puede ella tenerse de pie) Vaya, estás bien. Del momento que no estás herida, es lo principal.

JUD. No, no, no estoy herida.

AND. Doy por ello gracias á Dios. Anda, ven ahora; (La lleva hacia el doble asiento y la sienta á su lado.) siéntate y descansa; mañana hablaremos. Si no, (No comprendiendo el conflicto.) no me dices nada de nada si es que te molesta. Vamos, vamos. (Con voz alegre.) Voy á hacerte otro té, con esto te repondrás. (Va hacia la mesa y tira en un tazón el té frío.)

JUD. (Con tono angustiado.) Antonio.

AND. ¿Qué quieres, querida?

JUD. ¿No estamos soñando en este momento?

AND. (La mira un momento con temor, por más que sigue con calma en su preparación del té.) ¿Quién sabe? Pero ahora podrías soñar con una taza de té ya que de sueños se trata.

JUD. ¡Oh, calla, calla! Tú no sabes... (Fuera de sí hunde la cara entre las manos.)

AND. (Asustado se precipita hacia ella.) Hija, ¿qué es eso? No puedo aguantar más, tienes que hablar. Yo tengo la culpa, lo sé. Estuve loco al fiarme de él.

JUD. No, no digas eso. No debes decir eso. El... ¡oh! no, no, no puedo. Antonio, no me hables. Tómame las manos, las dos manos. (Le coge las manos con extrañeza.) Hazme pensar en tí, no en él. Existe un peligro, un peligro terrible, pero es para tí; no puedo dejar de pensar en ello, no puedo, no puedo. Mis pensamientos siempre vuelven hacia el peligro suyo. Hay que salvarle, no, hay que salvarte á ti; á ti, á ti, á ti. (Se levanta como si iba á hacer algo ó á ir á alguna parte, exclamando.) ¡Dios mío, ayúdame!

AND. (Se queda en su asiento y le tiene las manos con firme calma.) Tranquilízate, hija mía. Estás muy agitada.

JUD. No es para menos. Me vuelvo loca. No sé qué hacer. (Soltándose las manos.) Tengo que salvarle. (Anderson se levanta alarmado al verla precipitarse hacia la puerta. Esta se abre delante de ella y entra Elisa en sumo apuro. La sorpresa para Judith es tan desagradable, que la vuelve á su juicio. Con voz áspera y enojada pregunta.) ¿Qué vienes tú á hacer aquí?

ELISA Venía á veros, señora.

AND. ¿Quién te manda?

ELISA (Mirándole atónita.) ¿Vos aquí?

JUD. ¿No lo estás viendo? No seas tonta, niña.

AND. Háblale con más suavidad, querida, que la vas á asustar. (Interponiéndose entre las dos.) Ven acá, Elisa. (Ella se acerca á Anderson.) Vamos á ver, ¿quién te manda aquí?

ELISA Dick. Me mandó un recado con un soldado que viniese en seguida á esta casa é hiciera cuanto me mandase la señora.

AND. (Empezando á adivinar.) ¡Un soldado! ¡Ah, ahora lo comprendo todo! Han puesto preso á Ricardo. (Judith hace un ademán de desesperación.)

ELISA No, señor. Interrogué al soldado. Dick está en salvo, pero el soldado me dijo que os habían puesto preso á vos.

AND. ¡A mí! (Espantado se vuelve hacia Judith para pedir explicaciones.)

JUD. (Jadeante.) Ya comprendo, querido mío. (A Elisa.) Te agradezco mucho, Elisa, el haber venido; pero por ahora no me haces falta. Puedes retirarte.

ELISA (Suspicaz.) ¿Estais segura de que á Dick no le ha pasado nada? Tal vez, para no apenarme, dijo al soldado que el que había sido arrestado era el reverendo. (Angustiada.) Señora, ¿no creeis que pueda ser así?

AND. Dile la verdad, Judith, si es así. De todos modos la sabrá por el primer vecino que encuentre en la calle. (Judith se aparta y se tapa los ojos con las manos.)

ELISA (Llorando.) ¿Pero qué van á hacerle? Decidme, ¿qué le van á hacer? ¿Le ahorcarán? (Judith se extremece y se deja caer sobre la silla antes ocupada por Ricardo.)

AND. (Dando golpecitos en el hombro de Elisa y tratando de animarla.) No será tanto, no será tanto. Si te estás quieta y tienes paciencia, tal vez podamos salvarle.

ELISA Salvadle, sí, salvadle... yo seré buena.

AND. Judith, tengo que ir á verle en seguida.

JUD. (Levantándose bruscamente.) ¡Oh, no, no! Tienes que marcharte lejos, lejos, á un sitio seguro.

AND. Pero, ¿qué estás diciendo?

JUD. (Arrebatada.) ¿Es que quieres matarme? ¿Crees que puedo vivir días y más días en esta situación, pasmándome de terror cada llamada á la puerta, cada paso en la calle? ¿Sin poder dormir ninguna noche por la angustia y el temor de ver que vienen á prenderte?

AND. ¿Crees que sería mejor saber que he desertado de mi puesto al primer indicio de peligro?

JUD. (Con amargura.) ¡Oh! ya sé que no huirás. Te quedarás aquí, y yo me volveré loca.

AND. Querida, tu deber es...

JUD. (Violenta.) ¿A mí qué me importa mi deber?

AND. (Ofendido.) ¡Pero Judith!

JUD. Estoy cumpliendo con mi deber. Estoy agarrándome á él. Mi deber es procurar que huyas, para que te salves, dejándole á él que se cumpla su destino. (Elisa lanza un grito de angustia y se deja caer en la silla junto á la lumbre, sollozando en silencio.) Mi instinto me empuja á salvarle, lo mismo que le pasa á Elisa, por más que mejor fuera que se muriese. Pero sé que seguirás tu propia idea como él siguió la suya. Yo no puedo hacer nada, nada. (Se sienta, sombría, en el asiento doble.) No soy más que una mujer: no puedo sino estarme aquí y sufrir. Pero dile que traté de salvarte, que hice todo lo posible para salvarte.

AND. Hija mía, me parece que más pensará en su propio peligro que en el mío.

JUD. Cállate, ó llegaré á odiarte.

AND. (Reconviniendo.) Vaya, vaya, vaya. ¿Cómo te voy á dejar sola si estás hablando de ese modo? Estás completamente fuera de juicio. (Volviéndose hacia Elisa.) Elisa.

ELISA (Levantándose y enjugándose los ojos.) Hablad.

AND. Espérate un momento fuera, como una buena muchacha. La señora no está bien. (Elisa mira dudosa.) No tengas cuidado, soy en seguida contigo é iré á ver á Dick.

ELISA ¿Es seguro que iréis? (En voz baja.) ¿No dejaréis que ella os haga desistir?

AND. (Sonriendo.) Nada, nada, descuida. (Ella sale.) Bien, así. (Cierra la puerta y vuelve hacia Judith.)

JUD. (Inmóvil, rígida.) Vas á tu muerte.

AND. (Con calma.) En ese caso tengo que ponerme la levita buena. (Va hacia el perchero y empieza á quitarse la levita que tiene puesta.) Pero, ¿qué? (Mira un momento al sitio donde estuvo colgada su

levita buena, luego mira á otro lado, va hacia la lumbre y levanta la casaca de Ricardo.) ¡De modo que él se ha puesto mi levita!

JUD. (Todavía sin moverse.) Sí.

AND. ¿Tal vez se equivocaron los soldados?

JUD. Sí, se equivocaron.

AND. ¿Y él no dijo nada? Pobre muchacho, estaría demasiado trastornado.

JUD. Sí, podía haber hablado. Yo también pódia haber hablado.

AND. Pues es bastante extraño todo eso, casi chusco. Es curioso cómo esas pequeñeces nos hieren hasta en lo más... (Se interrumpe y empieza á ponerse la casaca de Ricardo.) Debiera yo llevarle su casaca, pero ya se lo que diría. (Imitando la manera sardónica de Ricardo.) «Hola, reverendo, ya venís por salvar mi alma y vuestra levita buena», ¿eh?

JUD. Sí, es precisamente lo que te diría. (Con desvarío.) Lo mismo da, no volveré á ver á ninguno de los dos.

AND. (Burlándose.) Vamos, hija. (Se sienta á su lado. Así es como cumples tu promesa de que no tendría que avergonzarme de mi mujer.

JUD. No, es así como la rompo. No puedo cumplir la promesa que le dí á él, ¿por qué había de cumplir la que te dí á tí?

AND. No hables de ese modo extraño. Me suenan á poco sinceras tus palabras. (Le mira ella con indecible reproche.) Sí, hija, nunca los disparates son sincero; y mi queridita está diciendo tales. Sí, sí, disparates. (La cara de Judith se anubla cada vez más. Mira fijamente delante de sí, y no le vuelve á mirar, absorbidos sus pensamientos en la desgracia de Ricardo. El la mira y ve que sus palabras no han producido efecto alguno; renuncia á quererla sustraer á su preocupacion y no hace más esfuerzos para ocultar su propia angustia.) Quisiera saber lo que te ha impresionado tanto. ¿Ha habido lucha? ¿Se defendió?

JUD. No, se sonrió

AND. Crees que se diera cuenta del peligro que corría.

JUD. Se dió cuenta del que corres tú.

AND. ¡Yo!

JUD. (Monótona.) Dijo: «Tratad de ponerle en salvo». Lo prometí y no puedo cumplir mi promesa. Dijo: «Por vuestra vida no le dejéis conocer el peligro en que estoy.» Y te lo he revelado. Dijo que si llegabas á saberlo no podrías salvarle... que le ahorcarían á él de todos modos y á tí también.

AND. (Presa de generosa indignación.) ¿Y crees que voy á dejar á un hombre tan noble morir como un perro, cuando con pocas palabras mías puedo hacer que muera como cristiano. Me avergüenzas, Judith,

JUD. Se mantendrá firme en su religión como tú en la tuya; eso dijo también, y que podías creer en su palabra hasta la muerte.

AND. ¡Dios le perdone! ¿Qué más dijo?

JUD No dijo más que adiós.

AND. (Se pasea muy agitado por la habitación.) ¡Pobre muchacho, pobre muchacho! Supongo, Judith, que te habrás despedido de él con toda amabilidad.

JUD. Ya lo creo. Hasta le besé.

AND. ¡Cómo! ¿Qué dices?

JUD. ¿Te enfadas por ello?

AND. No, no. Hiciste bien, hiciste perfectamente. Pobrecito, pobrecito. (Muy triste.) ¡Ser ahorcado, tan joven! ¿De modo que luego se lo llevaron.

JUD. (Cansada.) Luego viniste, no recuerdo más. Supongo que me desmayé. Ahora, Antonio, dime también adiós; quisiera morirme.

AND. Vamos, vamos, querida, cálmate y ten juicio. A mí, créeme, no me amenaza ningún peligro, ni por sueños.

JUD. (Seria.) Cuán equivocado estás, Antonio te está acechando la muerte, la muerte segura, si Dios permite que se mate á los hombres inocentes. No te permitirán verle sino que te prenderán en cuanto te des á conocer. Has de saber que por tí vinieron los soldados.

AND. ¡Por mí! (Queda atónito; luego sus puños se aprietan, su nuca se pone rígida, su rostro se enrojece, sus

ojos se inyectan de sangre; el hombre pacífico desaparece y se convierte en un guerrillero iracundo y temible. Todavía Judith no ha salido bastante de su ensimismamiento para mirarle; su vista es vaga y parece absorbida por el recuerdo de la heroicidad de Ricardo.)

JUD. Fingió ser tú; él va á morir para salvarte. Por eso se llevó tu hábito. Por eso le besé.

AND. (Estallando.) ¡Mil demonios! (Su voz es áspera y dominante, su gesto lleno de fiera energía.) ¡Eh, Elisa, Elisa!

ELISA (Entrando precipitadamente.) Mandad.

AND. (Impetuoso.) Anda y corre todo lo que puedas. Vete á la posada y diles que ensillen el mejor caballo que tengan, (Judith se levanta fuera de aliento y le mira con suma extrañeza.) la yegua castaña, si está descansada, sin perder un momento. Entra en el corral y le dices al negrito que le daré una moneda de plata si la yegua está lista en cuanto yo llegue, y que voy á llegar en seguida. Anda, á escape. (Elisa sale volando. El se precipita sobre sus botas de montar, las lleva hacia la silla delante de la lumbre y empieza á ponérselas.)

JUD. (Sin volver de su asombro.) ¿De modo que no vas á verle?

AND. (Ocupado con las botas.) ¡Yo ir á verle! ¿Para qué? (Gruñendo al entrarse la primera bota.) Voy á ir á verlos á ellos, á eso es á lo que voy. (A Judith con tono de mando.) Sácame las pistolas, las necesito. Y venga dinero, mucho dinero, todo el que haya en casa. (Se inclina encima de la otra bota, gruñendo.) ¡Vaya una satisfacción para él si le acompañara en la horca! (Se entra la bota.)

JUD. ¡Le abandonas, entonces!

AND. Cállate, mujer, y tráeme las pistolas. (Ella va hacia el armario y saca un estuche de cuero en el que hay dos pistolas, un cuerno con pólvora y un saquito con balas. Lo tira sobre la mesa. Luego abre un cajón en el armario y saca de él una bolsa. Anderson coge el estuche y se lo sujeta al cinto diciendo:) Sí, cuando él se puso mi hábito, le tomaron por mí, tal vez con su casaca me tomarán por él.

(Poniéndose el estuche en el sitio adecuado.) ¿Me parezco á él algo?

JUD. (Volviéndose con la bolsa en la mano) Ni lo más mínimo.

AND. (Arrebatándole la bolsa y vaciándola sobre la mesa.) ¡Hum, ya veremos!

JUD. (Descorazonada, se sienta.) ¿Crees, Antonio, que servirá de algo que rece?

AND. (Contando el dinero.) ¡Rezar! Reza todo lo que quieras y no podrás evitar que ahorquen á Ricardo.

JUD. Tal vez Dios ablande el corazón del comandante Swindon.

AND. (Despreciativo, metiéndose un puñado de dinero en el bolsillo.) Así sea. Pero yo no soy Dios y tengo que hacer otra cosa que invocarle. (Judith queda pasmada por la blasfemia. El tira la bolsa sobre la mesa.) Guarda eso. He tomado veinticinco dolars.

JUD. Has olvidado hasta que eres sacerdote.

AND. ¡Sacerdote!... ¡al demonio! Mi sombrero, venga mi sombrero. (Coge sombrero y casaca y se pone ambas prendas precipitadamente.) Ahora, tú, escucha. Si puedes lograr hablarle fingiendo ser su mujer, dile que se calle hasta mañana: esto bastará para que yo me ponga en salvo.

JUD. (Con tono solemne.) Dijo que podías fiarte de él hasta la muerte.

AND. Tu eres una tonta, Judith, una tonta. (Cesa un momento en sus preparativos apresurados y habla con algo de su antigua calma y persuasión.) No conoces siquiera al hombre con quien te casaste. (Elisa vuelve. El se precipita hacia ella.) ¿Qué, está listo el caballo?

ELISA (Sin aliento.) Está esperándoos.

AND. (Yendo hacia la puerta.) Bueno, entonces...

JUD. (Levantándose y tendiendo los brazos hacia él involuntariamente.) ¿No te despides de mí?

AND. No tengo un minuto que perder. (Se precipita afuera.)

ELISA (Corriendo hacia Judith.) Se fué para salvar á Ricardo, ¿verdad?

JUD. ¡Salvar á Ricardo! Quiá; Ricardo le salvó á

él. Se fué para salvarse á sí mismo. Ricardo tiene que morir.

(Elisa lanza un grito de terror y cae de rodillas, tapándose la cara con las manos. Judith, sin hacerle caso, queda con la mirada fija en el espacio, como ante la visión de la muerte de Ricardo.)

ACTO TERCERO

Al día siguiente, de madrugada, el Sargento en el cuartel general británico establecido en el Ayuntamiento, abre la puerta de una antesalita vacía é invita á Judith á pasar. Judith ha pasado una noche muy mala, probablemente delirando, pues á pesar de la fresca brisa matutina, la fijeza de su mirada vuelve siempre que algo no llama fuertemente su atención. Al Sargento le inspiran respeto sus sentimientos y la trata con toda la consideración compatible con su cargo. Como es hombre de buena presencia y lleva con garbo el uniforme, se cree especialmente apto para consolarla, sin extralimitarse.

SARG. Señora, aquí podréis hablarle con toda tranquilidad unos momentos.

JUD. ¿Tendré que esperar mucho?

SARG. No, señora, en seguida estará aquí. Pasó la noche en la cárcel municipal y acaban de trasladarle aquí para que comparezca ante el Consejo de guerra. No os apuréis, señora, ha dormido como un lirón, y luego tomó un buen desayuno.

JUD (Incrédula.) ¿De modo que está animoso?

SARG. Como las propias rosas, señora. El capellán fué á verle en su celda con objeto de prodigarle los consuelos de la religión, y vuestro esposo le ha ganado diez y siete chelines á las cartas. Luego repartió el dinero entre nosotros, como caballero que es. El de-

ber, claro, es el deber, pero aquí, señora, estáis entre amigos. (Se oye que se acercan los pasos de una pareja de soldados.) Ya parece que le oigo venir. (Entra Ricardo sin demostrar la más mínima inquietud por su cautiverio. El Sargento hace una señal á los soldados y les enseña la llave de la habitación en su mano. Los soldados se retiran.) Aquí, caballero, tenéis á vuestra buena señora.

RIC. (Yendo hacia ella.) ¡Cómo! ¡Mi mujer! ¡Mi adorada! (Le coge la mano á Judith y la besa con maliciosa galantería.) Decidme, Sargento, ¿cuánto tiempo concedéis á un esposo afligido para despedirse de su mujer?

SARG. Todo el tiempo que nos sea lícito, caballero. No os interrumpiremos hasta que se reuna el consejo de guerra.

RIC. ¿No ha dado la hora fijada?

SARG. Sí, señor; pero el consejo se ha aplazado. Acaba de llegar el general Burgoyne—al que llamamos el señorito Juanito—y como es tan meticuloso y todo lo quiere ver, hasta dentro de media hora no le veremos por aquí. Le conozco bien; serví bajo su mando en Portugal. En todo caso podéis contar con veinte minutos, y con vuestro permiso me retiro, para no mermaros ese plazo con mi presencia. (Sale y cierra la puerta. Ricardo al punto abandona su tono despreocupado y se vuelve con sincera consideración hacia Judith.)

RIC. Señora, esta visita que me hacéis es una verdadera prueba de amabilidad. ¿Cómo estais después de la mala noche pasada? Tuve que abandonaros antes de que volviérais en vos; pero mandé un recado á Elisa para que corriese á vuestra casa y se pusiera á vuestra disposición. ¿Ha cumplido con el encargo?

JUD. (Sin aliento y apresurada.) ¡Oh, no penséis en mí! No he venido aquí para hablar de mi persona. ¿Es que os van á... á... á...? (Quiere decir ahorcar.)

RIC. (Con tono gracioso.) A las doce en punto. Por lo menos á esa hora ahorcaron á mi tío Pedro. (Ella se estremece.) ¿Está salvo vuestro esposo? ¿Huyó?

JUD. Ha dejado de ser mi esposo.

RIC. (Abriendo tamaños ojos.) ¿Qué decís?

JUD. No pude obedeceros. Se lo dije todo y creí que le faltaría tiempo para venir aquí y salvaros; hubiese deseado verle obrar así... pero en vez de ello él huyó.

RIC. Pues precisamente es lo que yo quise. ¿De qué hubiese servido el que se quedara? Ahora nos ahorcarían á los dos.

JUD. (Con seriedad y tono de reconvención.) Ricardo, por vuestro honor, ¿cómo hubiéseis obrado en su lugar?

RIC. ¿Qué duda cabe? Lo mismo que él. Exactamente lo mismo.

JUD. ¡Oh! ¿Por qué no queréis ser franco conmigo y hablarme con toda sinceridad? Si sois capaz de tanto egoísmo, ¿por qué os dejásteis prender anoche?

RIC. (Alegre.) A fe mía, señora, que no lo sé yo mismo. Me lo pregunté ya varias veces y no hallo la respuesta.

JUD. Sabéis perfectamente que lo hicísteis por él creyendo que era un hombre de más valía que vos.

RIC. (Riendo.) ¡Oh, oh! No; debo decir que hubiese sido una razón muy bonita, pero en realidad no soy tan modesto. No, no fué por él.

JUD. (Después de una pausa, durante la que le mira avergonzada y poniéndose colorada.) ¿Fué por mí entonces?

RIC. (Galante.) Un poco. A la fuerza, puesto que dejasteis que me prendieran.

JUD. ¡Oh! ¿Creeis que no he estado toda la noche reprochándomelo? Vuestra muerte será por culpa mía. (Impulsiva, le da la mano y añade con intensa seriedad.) Si pudiese yo salvaros como le salvásteis á él, lo haría, por cruel que fuese la muerte que esperaba.

RIC. (Conservando su mano en la suya y sonriendo, pero sin acercarse á ella.) Seguramente que yo no os dejaba hacerlo.

JUD. ¿No veis que puedo salvaros?

RIC. ¿Cómo? ¿Cambiando de traje conmigo, eh?

JUD. (Soltándose la mano para ponérsela delante de la boca.)

No... (Quiere decir «no gasteis bromas.») Sencillamente, diciendo al tribunal quién sois en realidad.

RIC. (Frunciendo el ceño.) Inútil, no por eso dejarían de matarme y á vuestro esposo le quitaríamos la mitad de las probabilidades de escaparse. Estais decididos á producirnos impresión por medio de la horca. Debemos, pues, tratar de impresionarlos á ellos mostrándoles que sabemos morir los unos por los otros. Esta es la única fuerza que pueda hacer volver á Burgoyne allende el Océano y hacer de América una nación.

JUD. (Impaciente.) ¡Oh! ¿qué importa todo eso?

RIC. (Riendo.) Es verdad, ¿qué importa? Nada importa nada. Los hombres tenemos esos arranques locos que á las mujeres os parecen desprovistos de sentido.

JUD. Por esos arranques las mujeres tenemos que perder á los que amamos.

RIC. Pueden facilmente encontrar otros amantes.

JUD. (Indignada.) ¡Cómo podeis hablar así! (Vehemente.) ¿Os dais cuenta de que os vais á matar?

RIC. Mato al único hombre á quien tengo el derecho de matar, señora. No os preocupeis; ninguna mujer perderá á su amante por mi muerte. (Sonriendo.) A Dios gracias, nadie tendrá que penar por mí. ¿Sabeis que ya murió mi madre?

JUD. ¿De veras?

RIC. Sí, de un ataque al corazón. Su última palabra fué para maldecirme; mejor, pues su bendición no me hace falta. Mis demás parientes no se afligirán mucho por mi muerte. Elisa llorará un día ó dos, pero ya he procurado por ella; esta noche última hice mi testamento.

JUD. (Petrificada, después de una pausa.) ¿Y yo?

RIC. (Sorprendido.) ¡Vos!

JUD. Sí, yo. ¿No soy nadie para vos?

RIC. (Zumbón y brusco.) Nadie. ¡Oh! ayer expresasteis francamente vuestros sentimientos para

conmigo. Lo que luego sucedió tal vez os suavizó por el momento, pero creedme, señora, no me quereis absolutamente nada, ni en estampa. Lo mismo me pueden despachar hoy á las doce como hubiesen podido hacerlo ayer á la misma hora.

JUD. (Con voz temblorosa.) ¿Qué puedo hacer para demostraros que os equivocais?

RIC. No os molesteis. Creo muy bien que ahora me quereis un poco más que antes; pero mi muerte no hará mella en vuestro corazón.

JUD. (En voz muy baja.) ¿Cómo lo sabeis? (Le echa las manos á los hombros y le mira significativamente.)

RIC. (Sorprendido. Adivinando la verdad.) ¡Señora! (El reloj de la Casa de la villa da el cuarto. Ricardo vuelve á la realidad, le aparta las manos y dice con alguna frialdad.) Dispensadme, van á venir por mí, es tarde.

JUD. No es tarde. Invocadme como testigo, no os matarán en cuanto sepan cuan heróicamente os habeis portado.

RIC. (Con alguna burla.) ¿De veras? Pero si no sigo hasta el fin ¿en dónde está el heroismo? Habré solamente tratado de engañarlos, y por el solo hecho me ahorcarán como un perro; y tendrían razón.

JUD. (Con fiereza.) ¡Oh! yo creo que deseais morir.

RIC. (Obstinado.) Nada de eso.

JUD. ¿Por qué entonces no intentais salvaros? Por Dios, escuchadme. Acabais de decir que le salvasteis por mí. (Cogiéndole con vehemencia el brazo al ver que hace un ademán de negación.) Sí, un poco por mí. Pues bien, salvaos por mí, y yo os seguiré hasta el fin del mundo.

RIC. (Cogiéndola de las muñecas y teniéndola un poco apartada de sí, la mira con fijeza.) ¡Judith!

JUD. (Sin aliento, arrobada al oir llamarse por su nombre.) ¿Pues?

RIC. Si antes dije... para seros agradable... que un tanto por vos hice lo que hice, mentí como los hombres siempre mienten á las mujeres. Sabeis cuanto tiempo he vivido entre hombres perdidos... y tambien entre mujeres perdidas. Pues bien, he observado

que todos eran capaces de ciertos sentimientos de nobleza y de bondad cuando estaban enamorados. (Esta última palabra la pronuncia con cierto desprecio puritano.) Esto me ha enseñado á tener en poco aprecio la bondad que sale tan caliente. Lo que hice la noche pasada, lo hice á sangre fría, sin pensar ni tanto así en vuestro esposo, (Sin consideración.) ni en vos (Ella hace un ademán de desesperación.) sino en mí mismo. No tenía ni motivo ni interés para obrar así; lo que sí puedo deciros es que cuando llegó el momento de poder salvar mi pellejo y exponer el de otro hombre, me sentí incapaz de hacerlo. No se en qué consistió, confieso que fué una locura, pero no pude ni puedo obrar de otro modo. Me he acostumbrado desde pequeño á obedecer los mandatos de mi propia naturaleza y así seguiré, á pesar de todas las horcas del mundo. (Judith poco á poco levanta la cabeza y ahora le mira á la cara.) Hubiese hecho lo mismo por cualquier otro hombre de la población, ó por la mujer de cualquier hombre. (Soltándola.) ¿Comprendeis eso?

JUD. Sí; quereis decir que no me amais.

RIC. (Indignado, con sumo desprecio.) ¿Esto es todo lo que para vos significa?

JUD. ¿Qué más, qué cosa peor puede significar para mí? (El Sargento llama. El golpe en la puerta hiere su corazón.) ¡Oh! un momento más. (Se echa de rodillas.) Os suplico...

RIC. ¡Vamos! (Llamando.) Pase. (El Sargento abre la puerta y entra. Detrás de él vienen los guardias.)

SARG. (Entrando.) Ya pasó el tiempo, caballero.

RIC. Estoy listo, amigo mío. Ahora, querida... (Trata de levantarla.)

JUD. (Agarrándose á él.) Una cosa nada más concedme, os lo pido por lo más sagrado. Permitidme presenciar el juicio. He hablado con el comandante Swindon y me dijo que se me permitiría si vos lo pedíais. Pedidlo, pues, es mi última súplica. No volveré á pediros algo ya. (Se cuelga de sus rodillas.) Concedédmelo, por lo más sagrado.

RIC. Si lo hago, ¿sabréis callar?

JUD. Sí.

RIC. ¿Cumpliréis vuestra promesa?

JUD. La cumpliré... (Cae en tierra, sollozando.)

RIC. (Cogiéndola del brazo para levantarla.) ¡Vaya por Dios!... Sargento, ayudadme.

(La levantan, cada uno la coge de un brazo y salen, ella sollozando convulsivamente.

Mientras tanto, la sala del Consejo de guerra está lista para que empiece el juicio. Es una habitación espaciosa y bien aireada, con un trono en medio debajo de un gran dosel formado por una corona dorada y cortinas color castaño que llevan el monógrama real G. R. En frente del trono hay una mesa con un tapete color castaño, y sobre ella se ven una campanilla, un tintero grande, y recado de escribir. Alrededor de la mesa hay varias sillas. La puerta de entrada se halla á la derecha del que ocupe el trono, el que, por de pronto, está sin ocupar. El comandante Swindon, un hombre de unos cuarenta y cinco años, pálido, de pelo rojizo y aire de importancia, está sentado á la mesa, de espaldas á la puerta, y escribe. Se halla sólo hasta que el Sargento anuncia al General con aire sumiso que indica que la presencia del señorito Juanito ha producido su efecto.)

SARG. El General, mi Comandante.

(Swindon se levanta precipitadamente. Entra el General, y el Sargento sale. El general Burgoyne tiene cincuenta y cinco años y está muy bien conservado. Es un hombre de porte distinguido, con los suficientes bríos para haberse casado ricamente por medio de un rapto, con bastante ingenio para escribir comedias de mucho éxito y con relaciones aristocráticas bastantes para haberse granjeado altas distinciones militares. Sus ojos, grandes, brillantes, vivos é inteligentes forman lo más notable de su fisonomía; sin ellos su bien formada nariz y su boca pequeña indicarían afeminamiento y menos fuerza de la que hace falta para ser un General de primera fila. En este preciso momento su mirada es iracunda y trágica, y la boca y la nariz están crispadas.)

BURG. ¿Sois el comandante Swindon?

SWIN. Á la orden, mi General. Sois el general Burgoyne, si no me equivoco. (Se inclinan ceremo-

niosamente.) Me alegro mucho de poder contar con vuestra ayuda, esta mañana. No es precisamente una tarea muy agradable el tener que ahorcar á ese pobre diablo de clérigo.

BURG. (Sentándose en la silla de Swindon.) Lo creo. Hasta estoy por decir que es darle demasiada importancia á ese hombre con ahorcarle: ¿qué más podríais haber hecho si se tratase de un miembro de la iglesia anglicana? La aureola del martirio, eso es lo que busca esa gente; es la única manera, para un hombre sin capacidades, de hacerse célebre. En fin, ya que nos habéis confiado la misión de mandarle á la horca, cuanto antes le cuelguen, mejor.

SWIN. Hemos decidido que ha de ser á las doce. Sólo queda interrogarle.

BURG. (Mirándole con enfado reprimido.) Nada más... sino salvar nuestras propias vidas. ¿Recibísteis noticias de Springtown?

SWIN. Nada de particular. Los últimos informes son satisfactorios.

BURG. (Con creciente extrañeza.) ¡Satisfactorios! ¡Satisfactorios habéis dicho! (Le mira un momento con fijeza y luego añade con acento amargo.) ¡Ojalá fuera verdad!

SWIN. (Alarmado.) ¡Cómo! ¿No es vuestra opinión?

BURG. No digo mi opinión, así como tampoco tengo la costumbre, tan frecuente en nuestra profesión, de blasfemar y renegar. Si la tuviera, tal vez fuera capaz de expresar mi opinión acerca de los informes de Springtown, de los cuales (Severamente.) vos, por lo visto, ni os habéis enterado. ¿Cuántas veces podéis recibir noticias de vuestros informantes en el trascurso de un mes, eh?

SWIN. (Sombrío.) Según veo, los informes os han sido entregados á vos, en vez de á mí. ¿Ha sucedido algo de particular?

BURG. (Sacando de su bolsillo un papel y poniéndoselo debajo de los ojos.) Springtown cayó en poder de los rebeldes. (Tira el papel sobre la mesa.)

SWIN. (Atónito.) ¿Desde ayer?

BURG. Desde las dos de la madrugada de hoy. Tal vez caigamos nosotros en su poder antes de las dos de la madrugada de mañana. ¿Habéis pensado en esa posibilidad?

SWIN. (Confiado.) En cuanto á eso, mi General, nunca. Los heróicos soldados ingleses sabrán, una vez más, dar pruebas de su indomable valor.

BURG. (Con amargura.) Y por eso, supongo, los oficiales ingleses no necesitan entender su oficio; confían en que los soldados los sacarán de apuro con sus bayonetas. De aquí en adelante os aconsejo que seais un poco menos pródigo de la sangre de vuestros soldados y un poco más pródigo de vuestra propia sesera.

SWIN. Siento mucho, mi General, que no posea vuestras altas dotes intelectuales. No sé más que cumplir con mi deber y fiarme en la fidelidad y adicción de los míos.

BURG. (Con tono zumbón.) Decidme, Comandante Swindon, ¿estais escribiendo un melodrama?

SWIN. (Poniéndose colorado.) No, señor.

BURG. ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! (Abandonando su tono sarcástico y mirándole de repente muy serio.) Pero ¿no os dais cuenta, caballero, que no hay más obstáculo á nuestro aniquilamiento que nuestro desahogo y la torpeza de estos colonos? Ellos son ingleses del mismo tronco que nosótros, pero son seis para uno de nosotros. (Repitiéndolo con énfasis.) Seis para uno, señor; y casi la mitad de nuestras tropas se compone de mercenarios de Hesse, Brunsviga, dragones alemanes, indios con cuchillos de escalpar. Esos son vuestros soldados, en cuya fidelidad y devoción os podéis fiar. Supongamos que los colonos encuentran un caudillo. Supongamos que las noticias de Springtown significan que ya encontraron un caudillo. ¿Qué haremos en ese caso? vamos á ver.

SWIN. (Sombrío.) Nuestro deber, supongo.

BURG. (Otra vez sarcástico. Considerándole como tonto.) Muy bien, muy bien. Os doy las gracias,

Comandante. Arreglaste el asunto aportándole vuestras luces. ¡Qué consuelo es para mí saber que tengo á mi lado un oficial tan adicto y tan talentudo para ayudarme á salir del paso! Ahora, para volver á lo otro, me parece que nos servirá á ambos de alivio proceder á ahorcar á aquel disidente sin más dilación. (Agita la campanilla.) Máxime cuando estoy olvidando mis principios y me abandono á mis sentimientos militares. (Entra el Sargento.) Traednos á aquel hombre.

SARG. A la orden, mi General.

BURG. Y decid á todos los oficiales que encontréis que va á empezar el consejo y no puedo esperar más.

SWIN. (Reprimiendo con dificultad su mal humor.) Los oficiales, mi General, están esperando hace más de media hora.

BURG. (Cortés.) Pues que pasen. (Varios oficiales entran y ocupan sus sitios, Uno de ellos se sienta al extremo de la mesa cerca de la puerta y hace de actuario tomando notas y hojeando los folios. Los uniformes son los de los regimientos 9, 20, 21, 24, 33, 47 y 62 de infantería británica Uno de los oficiales es comandante de la Real Artillería. Hay también oficiales de los tiradores de Hesse, de los dragones alemanes y de los regimientos de Brunsviga.) Buenos días, señores. Siento tener que molestaros. Os agradezco vuestra puntualidad.

SWIN. Mi general, ¿queréis tomar la presidencia?

BURG. (Haciéndose sucesivamente cortés, desenfadado, irónico y cumplido ahora que habla en público.) No, Comandante; no valgo para eso, no me hago ilusiones. Con vuestro permiso me sentaré á los pies de Gamaliel. (Coge la silla al extremo de la mesa cerca de la puerta y empuja á Swindon hacia el trono, esperando que éste se siente antes de sentarse él.)

SWIN. (Grandemente contrariado.) Hágase vuestra voluntad, mi General; pero conste que yo solo trato de cumplir con mi deber en estas difíciles circunstancias. (Ocupa su asiento en el trono.

Burgoyne, abandonando por un momento su modo

de ser estudiado, se sienta y empieza á leer los despachos con ceño fruncido y mirada llena de inquietud, reflexionando sobre su situación descsperada y la inutilidad de Swindon. Traen á Ricardo. Judith va á su lado. Dos soldados van delante y otros dos detrás de ellos, mandados por el Sargento. Atraviesan la sala y van hacia la pared que está en frente de la puerta; pero en el momento en que Ricardo acaba de pasar por delante del trono, el Sargento le para tocándole el brazo y le coloca detrás de sí. Judith queda tímidamente junto á la pared. Los cuatro soldados se colocan formando cuadro cerca de ella.)

BURG. (Levantando la vista y viendo á Judith.) ¿Quién es esa señora?

SARG. La esposa del reo, mi General.

SWIN. (Nervioso.) Me suplicó poder presenciar el juicio, y yo pensé. .

BURG. (En tono zumbón.) Que esto podría servirle de distracción. Perfectamente. (Con amabilidad.) Dadle una silla á la señora y procurad que no esté molesta.

(El Sargento coge una silla y la coloca cerca de Ricardo.)

JUD. Muchas gracias. (Se sienta después de un ademán de agradecimiento hacia Burgoyne, quien contesta con una inclinación de cabeza.)

SWIN. (A Ricardo, bruscamente.) Reo, ¿cómo os llamáis?

RIC. (Afable, pero terco.) Vamos, supongo que no me habréis traido aquí sin saber quién soy.

SWIN. Caballero, es por fórmula; decid vuestro nombre.

RIC. Pues por fórmula, me llamo Antonio Anderson y soy clérigo presbiteriano en esta población.

BURG. (A quien la cosa empieza á interesar.) Hombre, señor Anderson, explicadme en qué consiste la fe religiosa de los vuestros.

RIC. Os lo explicaré con mucho gusto si me dejáis el tiempo necesario para ello. Pero no puedo comprometerme á efectuar vuestra conversión en menos de quince días.

SWIN. (Con un bufido.) No estamos aquí para oir vuestras doctrinas.

BURG. (Con una reverencia exagerada hacia el desgraciado Swindon.) Tendremos que aguantarnos.

SWIN. (Cohibido.) Dispensad, no quise...

BURG. No hagáis caso. (A Ricardo con mucha cortesía.) Señor Anderson, ¿cuáles son vuestras opiniones políticas?

RIC. Pues es lo que yo me pregunto.

SWIN. (Severo.) ¿Querréis negar que sois un rebelde?

RIC. Soy americano, caballero.

SWIN. ¿Qué debo pensar de vuestras palabras, señor Anderson?

RIC. No espero de un militar que piense, caballero.

(Burgoyne se alegra lo indecible de ésta réplica que casi le reconcilia con la pérdida de América.)

SWIN. (Pálido de rabia.) Os aconsejo, acusado, no poneros insolente.

RIC. Siento, mi General, no poderos complacer. Al estar decidido á ahorcar á un hombre os colocáis en una situación desventajosa para con él. ¿A qué yo usar miramientos con vos? Lo mismo me ahorcarán si me hago de miel, como si me hago de hiel.

SWIN. No tenéis el derecho de presumir que el tribunal está decidido á condenaros sin motivos justificados. Luego no me deis el trato de General. Soy el comandante Swindon.

RIC. Dispensad, creía que hablaba con el «señorito Juanito».

(Sensación entre los oficiales. El Sargento tiene que hacer un gran esfuerzo para no prorrumpir en una carcajada.)

BURG. (Con extrema suavidad.) Caballero, el así llamado señorito Juanito soy yo. Mis amigos más íntimos me llaman el general Burgoyne. (Ricardo se inclina con gran cortesía.) Comprenderéis, amigo mío, ya que parecéis ser un perfecto caballero y un hombre de talento, á pesar de vuestra profesión, que si hemos de tener la desgracia de ahorcaros, lo haremos por pura necesidad política y deber militar, sin resentimiento personal alguno.

RIC. ¡Oh! perfectamente; cuánto me alegro; es lo único que importa.

(Todos se sonríen involuntariamente y algunos de los oficiales más jóvenes prorrumpen en risa.)

JUD. (Su miedo y terror van creciendo á cada una de esas bromas y cumplidos.) ¿Cómo podéis hablar así?

RIC. Prometisteis callaros.

BURG. (A Judith, con estudiada cortesía.) Creedme, señora, vuestro esposo está mereciendo nuestro agradecimiento por tomar este asunto tan enojoso con tanta tranquilidad y buen humor. Sargento, darle una silla al señor Anderson. (El Sargento obedece. Ricardo se sienta.) Podéis continuar, comandante.

SWIN. Supongo, señor Anderson, que conoceis vuestros deberes como súbdito de S. M. el rey Jorge Tercero.

RIC. Lo que yo conozco, caballero, es que S. M. el rey Jorge Tercero me va á ahorcar porque protesto de que lord North me quiere robar mis bienes.

SWIN. Estas palabras son de un rebelde.

RIC. (Brevemente.) Sí, de lo que soy.

BURG. (Desaprobando enérgicamente este modo de defensa, pero todavía con cortesía.) ¿No creeis, señor Anderson, que vuestra defensa es—dispensadme la palabra—algo vulgar? ¿Por qué llamais robo el establecimiento de un impuesto del timbre, un impuesto sobre el té y así sucesivamente? Después de todo, como caballero venís obligado á pagar de buena gana.

RIC. No es por el dinero, mi General. Pero verse estrujado por un cabezorro imbécil como el rey Jorge...

SWIN. (Escandalizado.) Caballero, no hableis así.

SARG. (Con voz de trueno, grandemente ofendido.) Respetad al rey.

BURG. (Sin inmutarse.) Ese es otro punto de vista. Mi posición no me permite discutirlo sino en el seno de la intimidad. Pero, en fin, (Encogiéndose de hombros.) señor Anderson, ya que os empeñais en ser ahorcado, (Judith se tambalea.) no hablemos más. De todos modos, ¡vaya un gusto! (Con ademán de extrañeza.)

SWIN. (Dirigiéndose á Burgoyne.) ¿Llamaremos testigos?

RIC. ¿Qué falta hacen testigos? Si mis conciudadanos me hubiesen hecho caso, os hubiérais encontrado las calles con barricadas, las casas con aspilleras y todos en armas para defender la población contra vosotros hasta la última gota de sangre. Pero, desgraciadamente, llegásteis cuando todavía no habíamos salido de las deliberaciones, y ya era tarde.

SWIN. (Severo.) Pues bien, caballero, os vamos á dar á vos y á vuestros partidarios un escarmiento que no olvidareis. ¿Teneis algo más que decir?

RIC. Espero que tendreis la decencia de tratarme como á prisionero de guerra y de fusilarme como á un hombre en vez de ahorcarme como un perro.

BURG. (Con simpatía.) Señor Anderson, ahora hablais como un paisano, si puedo expresarme así. Por lo visto no teneis ni una remota idea de cómo está el tiro en el ejército de Su Majestad el rey Jorge Tercero. Si os pusiéramos delante de un pelotón de tiradores, ¿qué sucedería? La mitad de ellos, aun queriendo, errarían el blanco; la otra mitad, á sabiendas, dispararían al aire para dejar que la pistola del preboste os rematara En cambio, os podemos ahorcar según todas las reglas del arte y hasta de un modo agradable. (Cortés.) Creedme, señor Anderson, lo mejor será que os ahorquen.

JUD. (Enferma de horror.) ¡Dios mío!

RIC. (A Judith) ¡Y vuestra promesa! (A Burgoyne.) Os doy las gracias, mi General. Teneis razón, no se me había ocurrido. Por daros gusto retiro mi petición. Mandad, pues, ahorcarme.

BURG. (Con suavidad) ¿Os conviene, señor Anderson, la hora del mediodía?

RIC. Bien, estaré dispuesto, mi General.

BURG. (Levantándose) ¿No hay nada más que decir, caballeros?

JUD. (Precipitándose hacia la mesa.) ¡Oh! no vais á matar á un hombre así, sin un juicio formal,

sin pensar en lo que estais haciendo, sin... (No puede encontrar palabras.)

RIC. ¿Así es como cumplís vuestra promesa?

JUD. Si no he de hablar yo, hacedlo vos. Defendeos, salvaos; decidles la verdad.

RIC. (Impaciente.) Bastantes verdades les he dicho para ser ahorcado diez veces. Si hablais poneis en peligro otras vidas, pero no salvareis la mía.

BURG. Señora, nuestro deseo es evitar molestias inútiles. ¿Qué sacaríais de que se instruyese un proceso formal, con juicio oral solemne, con mi amigo Swindon, vistiendo toga negra y así sucesivamente? Estad segura que estamos muy agradecidos por el tacto admirable y el comportamiento caballeroso de vuestro esposo.

JUD. (Lanzándole á la cara las palabras.) Estais loco. ¿No os importa cometer infamias con tal de que se guarden las buenas formas? ¿No os importa ser un asesino con tal de asesinar vistiendo el uniforme? (Desesperada.) No le ahorcareis: este hombre no es mi esposo.

(Los oficiales se miran unos á otros y cuchichean: algunos de los alemanes ruegan á sus vecinos que les expliquen lo que ha dicho la mujer. Burgoyne, visiblemente conmovido por los reproches de Judith, recobra pronto el dominio sobre sí. Ricardo luego levanta la voz y domina el murmullo.)

RIC. Os suplico, caballeros, poner fin á estas escenas. No se convencerá esta señora de que no me puede salvar. Levantad la sesión.

BURG. (Con voz tranquila y firme, restableciéndose el silencio al punto.) Un momento, señor Anderson. Un momento, caballeros. (Vuelve á sentarse. Swindon y los oficiales le imitan.) Señora, os suplico que os expreseis con claridad. ¿Habeis dicho que este caballero no es vuestro esposo, ó que para decirlo con toda delicadeza vos no sois su esposa?

JUD. No comprendo lo que quereis. Lo que digo es que no es mi esposo, que mi esposo huyó. Este hombre se ha hecho pasar por él para salvarle. Preguntad á cualquiera en la po-

blación, mandad traer de la calle al primero que se encuentre y tomadle como testigo. Os dirá que el preso no es Antonio Anderson.

BURG. (Con calma, como antes.) Sargento.

SARG. A la orden, mi General.

BURG. Salid á la calle y traednos aquí á la primera persona que encontreis.

SARG. (Yendo hacia la puerta) A la orden.

BURG. (Cuando el Sargento pasa delante de él.) Entiéndase, la primera persona limpia y decente que encontreis.

SARG. A la orden. (Sale.)

BURG. Sentaos, señor Anderson.. si puedo llamaros todavía así. (Ricardo se sienta.) Sentaos, señora, mientras esperamos. Dadle un periódico á la señora.

RIC. (Indignado.) ¡Avergonzaos!

BURG. (Malicioso, con media sonrisa.) Si no sois su esposo, caballero, el caso no es tan grave... para ella. (Ricardo se muerde los labios y calla.)

JUD. (A Ricardo, al volver á su asiento.) No pude remediarlo. (El menea la cabeza. Ella se sienta.)

BURG. Comprendereis, señor Anderson, que este pequeño incidente no os va á valer para nada. Estamos en la necesidad de hacer un escarmiento.

RIC. Lo comprendo y supongo que sobran las explicaciones de mi parte.

BURG. Preferimos oir un testimonio independiente, si os da lo mismo. (El Sargento, con un fajo de papeles en la mano, vuelve trayendo á Cristóbal que está muy asustado.)

SARG. (Entregándole el fajo á Burgoyne.) Son despachos, mi General, que los ha traído un furriel del treinta y tres. Viene reventado de correr á caballo.

(Burgoyne abre los despachos y se absorbe en su lectura. Son de tanta gravedad las noticias que encierran que su atención se aparta por completo del consejo de guerra.)

SARG. (A Cristóbal.) Ahora, atención y quitaos el sombrero. (Se coloca detrás de Cristóbal, quien está al lado de Burgoyne, delante del tribunal.)

RIC. (Con su tono bravucón habitual á Cristóbal.) No te asustes, tonto; sólo te llaman como testigo. No te ahorcarán.

SWIN. ¿Cómo os llamáis?

CRIST. Cristobalito.

RIC. (Impaciente.) Cristóbal Dudgeon, no seas idiota y da tu nombre y apellido.

SWIN. Callaos, acusado, no interrumpáis al testigo.

RIC. Muy bien. Pero os prevengo que no sacaréis nada de él por más que os empeñéis. Ha sido criado demasiado bien por su madre beatona para que le haya quedado algo de sentido y de virilidad.

BURG. (Levantándose precipitadamente y hablando con el Sargento con voz conmovida.) ¿Dónde está el hombre que ha traído esto?

SARG. En el cuarto de guardia, mi General. (Burgoyne sale con una precipitación que hace á los oficiales mirarse con extrañeza.)

SWIN. (A Cristóbal.) ¿Conocéis al clérigo Antonio Anderson?

CRIST. Claro está que le conozco. (Lo dice como si Swindon debiera de ser muy tonto por no conocerle.)

SWIN. ¿Está aquí presente?

CRIST. (Mirando á su alrededor.) ¡Yo qué sé!

SWIN. ¿No le véis?

CRIST. Yo, no.

SWIN. Parecéis conocer al reo.

CRIST. ¿Queréis decir que á Dick?

SWIN. ¿Quién es Dick?

CRIST. (Señalando á Ricardo.) Pues él.

SWIN. ¿Cómo se llama?

CRIST. Dick.

RIC. Contesta como es debido, animal. ¿Qué saben esos señores quién es Dick?

CRIST. ¿Pues no eres tú? ¿Yo qué voy á decir?

SWIN. Testigo, dirigíos á mí. Y vos, acusado, callad. A ver, testigo, decidnos quién es el acusado.

CRIST. Pues es mi hermano Dick... Ricardo... Ricardo Dudgeon.

SWIN. ¡Vuestro hermano!

CRIST. Sí.

SWIN. ¿Estáis seguro de que no es Anderson?

CRIST. ¿Quién, él?

RIC. (Exasperado.) Sí, yo, yo, yo, imb...

SWIN. Silencio, caballero.

SARG. (Gritando.) ¡Silencio!

RIC. (Impaciente.) ¡Qué! (A Cristóbal.) Quieren saber si soy el clérigo Anderson. Díselo y déjate de esa sonrisa de idiota.

CRIST. (Poniendo sonrisa aún más idiota.) ¿Tú, el clérigo Anderson? (A Swindon.) El señor Anderson, habéis de saber, es un sacerdote, un hombre muy bueno y Dick tiene un carácter muy malo; la gente decente ni quiere hablar con él. El es el hermano malo, yo soy el bueno. (Los oficiales prorrumpen en carcajadas, los soldados sonríen.)

SWIN. ¿Quién prendió á ese hombre?

SARG. Fuí yo, mi comandante. Le encontré en casa del clérigo tomando té con la señora. Se había quitado la casaca, como quien está en su casa. Si no está casado con ella, lo parecía.

SWIN. ¿Respondió al nombre del clérigo?

SARG. Sí, señor, por más que no tenía trazas de clérigo. El capellán os confirmará eso.

SWIN. (Amenazador á Ricardo.) De modo, caballero, que habéis tratado de engañarnos. ¿Y os llamáis Ricardo Dudgeon?

RIC. Por fin lo habéis descubierto, vamos.

SWIN. Me suena ese apellido.

RIC. Como que sois el asesino de mi tío Pedro Dudgeon.

SWIN. ¡Hum! (Se muerde los labios y mira á Ricardo con expresión vengativa.)

CRIST. Dime, Dick, ¿es que te van á ahorcar?

RIC. Sí, vete, tú no haces falta ya.

CRIST. ¿Y podré quedarme con los pavos de porcelana?

RIC. (Levantándose bruscamente.) Anda, vete, indecente macaco. (Cristóbal, asustado, sale corriendo.)

SWIN. (Levantándose; todos le imitan.) Puesto que habéis querido hacer el papel del clérigo, lo haréis hasta el fin. La ejecución se verificará á las doce en punto, tal como se dijo. Y aunque Anderson se nos presentara antes

de esa hora no os salvaréis de la horca. Sargento, llevaos á ese hombre.

JUD. (Fuera de sí.) No, no...

SWIN. (Con fiereza, temiendo un nuevo engaño.) Y llevaos también á esa mujer.

RIC. (Saltando por encima de la mesa con un salto de tigre y cogiendo á Swindon de la garganta.) Miserable canalla..

(El Sargento por un lado, los soldados por el otro, se precipitan á socorrer á su jefe. Cogen á Ricardo y le arrastran otra vez á su sitio. Swindon, á quien tiró de espaldas sobre la mesa, se levanta y se arregla la corbata. Va á hablar cuando se presenta en la puerta Burgoyne con dos papeles en la mano, una carta blanca y un despacho azul.)

BURG. (Avanzando hacia la mesa, con marcada frialdad.) ¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado? Señor Anderson, me dejáis pasmado.

RIC. Siento mucho, mi General, haberos molestado. Sólo quise estrangular á vuestro subordinado; á ese. (Con violencia, dirigiéndose á Swindon.) ¿Por qué despertáis al diablo en mí, tratando con grosería á esa señora? ¡Perro con cara de queso, con qué gusto os rompia la cabeza! (Tiende las manos al Sargento.) Sí, ponedme esposas, que si no me será difícil dejar de agarrarle y hacerle trizas. (El Sargento saca un par de esposas y mira á Burgoyne esperando órdenes.)

BURG. ¿Habéis soltado vuestras acostumbradas interjecciones, Swindon, al dirigiros á esa señora?

SWIN. (Muy enfadado.) No, señor, nada de eso. Me choca la pregunta. Sólo dí orden de que se la llevaran porque estorbaba y ese hombre se tiró á mi como una fiera. Quitadle las esposas, que ya sabré yo guardarme.

RIC. Ahora habláis como un hombre; no quiero reñir más con vos.

BURG. Señor Anderson...

SWIN. Se llama Dudgeon, mi general, Ricardo Dudgeon. Es un impostor.

BURG. (Brusco.) Tonterías, si á Dudgeon le ahorcásteis en Springtown.

RIC. Fué á mi tío, caballero.

BURG. ¡Ah, vuestro tío! (Dirigiéndose cortesmente á Swindon.) Dispensadme, Swindon. (Swindon se inclina friamente. Burgoyne se vuelve hacia Ricardo.) Tenemos mala suerte en nuestras relaciones con vuestra familia. Bien, señor Dudgeon, lo que yo quería preguntaros es lo siguiente: ¿dónde esta (Leyendo el nombre en la carta.) Guillermo Maindeck Parshotter?

RIC. Es el alcalde de Springtown.

BURG. Y ese señor, ¿es hombre de palabra?

RIC. ¿Os ha vendido algo?

BURG. No.

RIC. Entonces podéis fiaros de él.

BURG. Gracias, señor Dudgeon. A propósito, puesto que no sois el señor Anderson no sé si debemos... (Quiere decir: «Ahorcaros».) ¿Qué decís, comandante?

RIC. No hay nada cambiado en las disposiciones tomadas, mi General.

BURG. No, ¿eh? Pues lo siento. Vaya, adiós, caballero. Adiós, señora.

RIC. (Interrumpiendo á Judith casi con fiereza al ver que va á intentar una apelación suprema y cogiéndola del brazo con resolución.) Ni una palabra más. Vamos.

(Ella le mira suplicante, pero queda dominada por su determinación. Los escoltan los cuatro soldados; el Sargento, muy sombrío, marcha entre Swindon y Ricardo, á quien vigila como si fuese un animal peligroso.)

BURG. Caballero, no quiero deteneros más. Con vos, comandante, quisiera hablar en particular. (Los oficiales salen. Burgoyne espera con serenidad inquebrantable á que haya desaparecido el último. Entonces se pone muy serio y se dirige á Swindon sin mencionar su grado.) Swindon, ¿sabéis lo que es esto? (Enseñándole la carta.)

SWIN. ¿Qué, pues?

BURG. Una petición de salvoconducto á favor de un oficial del ejército insurrecto, que quiere venir aquí á entrar en tratos con nosotros.

SWIN. ¿De modo que quieren capitular?

BURG. No lo creo. Dicen que nos mandan al que levantó en armas á Springtown la noche última y nos desalojó de allí, para que sepa-

mos que nos las tenemos que haber con un hombre de importancia.

SWIN. ¡Bah!

BURG. Tendrá plenos poderes para tratar de las condiciones de... ¿adivinar qué?

SWIN. Supongo que su rendición.

BURG. Nada, de nuestra salida de la población. Para evacuar la plaza nos ofrecen dejar justas seis horas.

SWIN. ¡Habrase visto sinvergüenza!

BURG. ¿Qué vamos á hacer, pues?

SWIN. Marchar sobre Springtown y dar un golpe decisivo sin tardar.

BURG. (Calmoso.) ¡Hum! (Volviéndose hacia la puerta.) Vámonos al cuarto de banderas.

SWIN. ¿Para qué?

BURG. Para extender ese salvoconducto. (Pone la mano en el picaporte para abrir la puerta.)

SWIN. (Que no se ha movido.) Mi General.

BURG. (Volviendo.) ¿Pues?

SWIN. Considero como mi deber el manifestaros que no considero las amenazas de un hato de mercachifles rebeldes como razón suficiente para que cedamos.

BURG. (Imperturbable.) Supongamos que resigne el mando en vos, ¿qué haréis?

SWIN. Trataré de hacer lo que hicimos en nuestra marcha al Sur de Quebec, y lo que hizo el general Howe en su marcha al Norte de Nueva York: juntarme con los nuestros en Albany y aniquilar á los rebeldes con nuestras fuerzas reunidas.

BURG. (Enigmático.) ¿Y aniquilaréis también á nuestros enemigos en Londres?

SWIN. ¡En Londres! ¿Qué enemigos?

BURG. (Vehemente.) La prevaricación y la rutina, la ineptitud y el expedienteo. (Levanta el despacho y añade con desesperacion en su voz y su expresión.) Acabo de saber, caballero, que el general Howe no ha salido de Nueva York.

SWIN. (Como herido por el rayo.) ¡Dios poderoso! ¡Habrá desobedecido las órdenes del gobierno!

BURG. (Con calma irónica.) No recibió órdenes de ninguna clase. Alguno de esos señores de Lon-

dres olvidó trasmitirlas; supongo que salió á veranear. Por no trastornar sus disposiciones de viaje, Inglaterra perderá sus colonias americanas, y dentro de pocos días vos y yo estaremos en Saratoga con cinco mil hombres para hacer frente á dieciocho mil insurrectos atrincherados en una posición inexpugnable.

SWIN. (Espantado.) ¡Imposible!

BURG. (Acalorándose.) ¡Dispensad!

SWIN. No puedo creerlo. ¿Qué dirá la historia?

BURG. La historia, caballero, dirá mentiras, como siempre. Venid, tenemos que mandar el salvoconducto. (Sale.)

SWIN. (Siguiéndole fuera de sí.) ¡Dios mío, Dios mío! Nos van á barrer.

(Como se acerca el medio día hay mucho movimiento en la plaza del mercado. La horca está allí erigida en permanencia para escarmiento de malhechores. Al lado, como medio de apercibimiento é intimidación menor, hay una picota, y la horca tiene una cuerda nueva con un nudo alto fuera del alcance de los chicos de la calle. También está sacada la escalera y el alguacil municipal la ha colocado junto al poste, quedándose al pie para impedir las ascensiones prohibidas. La gente de Websterbridge concurre en gran número al acto que se prepara y está alborozada, pues ya cundió la noticia de que los ingleses van á ahorcar á Dick Dudgeon y no al pastor Anderson; de modo que se puede gozar de la ejecución sin escrúpulo alguno respecto de su justicia y sin avergonzarse de no impedirla. Hay, sin embargo, todavía algún temor de un desengaño, pues se acerca el medio día y la llegada del alguacil con la escalera es hasta ahora la única señal de preparativo. Pero al fin renace la tranquilidad al oirse voces de «¡Ya vienen, ya están aquí!» y una compañía de soldados con las bayonetas caladas, medio de infantería inglesa, medio de alemanes, adelanta rápidamente hacia el centro del mercado, haciendo retroceder á la muchedumbre.)

SARG. Alto. Media vuelta. Preparen. (Los soldados forman en cuadro alrededor de la horca y estimulados por la energía del Sargento arrojan a las personas que se hallan dentro del cuadro.) Atrás, fuera, si no

queréis ser ahorcados también. Cerrad el cuadro vosotros, malditos alemanes. Es inútil que habléis en vuestra lengua; hablad con las culatas de los mosquetes y os entenderán en seguida. Vaya, vaya, fuera. (Viene hacia Judith que está cerca de la horca.) Vos también, aquí no tenéis nada que hacer.

JUD. ¿No me permitiréis quedarme? No hago nada malo.

SARG. No me vengais con vuestras habladurías. Debiérais avergonzaros de venir á ver ahorcar á un hombre que no es vuestro esposo. Y él es de la misma calaña. Le dije á mi comandante que era un caballero, y él en cambio trató de extrangularle, y dijo que Su Majestad el Rey era un tonto, lo que es un verdadero sacrilegio. Así, pues, largo de aquí.

JUD. ¿Queréis aceptar estos dolars de plata y dejarme estar?

(El Sargento, sin vacilar un momento, mira rápida y furtivamente á su alrededor al deslizar el dinero en su bolsillo. Luego levanta la voz como indignado.)

SARG. ¡Yo aceptar dinero para no cumplir con mi deber! ¡Nunca, jamás! Ahora vais á ver lo que voy á hacer, para enseñaros á tratar de sobornar á los militares del rey. Os llevaré á la cárcel en cuanto se acabe la ejecución. Estaos aquí quieta en este sitio y procurad no moveros hasta que yo lo mande. (Con un guiño, enseña el sitio detras de la horca, á la derecha, y se separa de ella chillando y alborotando.) ¡Vamos, cuidado vosotros, á ver si echais fuera á toda esa gente!

(Entre la muchedumbre se oyen gritos como «callar», «silencio», y luego suena una marcha fúnebre tocada por una banda militar. La muchedumbre al punto se calla y el Sargento y los subalternos se precipitan detrás del cuadro, cuchicheando varias órdenes y recomendaciones; la muchedumbre se abre para dejar el paso libre al cortejo que se acerca. Este está formado, primero por Burgoyne y Swindon, quienes al acercarse al cuadro, miran con asco la horca y evitan de pasar debajo de ella, apartándose un poco á la derecha, en

donde toman posición. Luego viene el señor Brudenell, el Capellán, en su hábito negro, con el devocionario abierto en la mano, marchando al lado de Ricardo, quien tiene aire triste y abatido. Pasa, sombrío, por debajo de la horca y se coloca en frente de ella. Detrás de él viene el ejecutor, un soldado recio en mangas de camisa. Siguen dos soldados arrastrando un carrito militar. Ultimamente viene la banda, que se coloca detrás del cuadro y acaba de tocar la marcha fúnebre. Judith, con los ojos dolorosamente fijos en Ricardo, se desliza por detrás de la horca y se queda apoyada en el poste derecho. Durante la conversación que sigue, los dos soldados colocan el carrito debajo de la horca y quedan de pie cerca de las varas, dirigidas hacia atrás. El ejecutor saca del carro una escalerita de mano y la coloca de modo que pueda subir el reo. Luego él sube por la escalera grande adosada al patíbulo y corta el cordón por el que está sujeta en alto la cuerda, de modo que el nudo cae y oscila por encima del carro, en el que pone el pie al bajar.)

RIC. (Con impaciencia reprimida, dirigiéndose á Brudenell.) Mirad, caballero, este no es sitio para un hombre de vuestra profesión. ¿No sería mejor que os marchárais?

SWIN. Os ruego, reo, si os ha quedado algún sentido de la decencia, que escuchéis los consuelos de la religión y os penetreis de la solemnidad de este acto.

CAP. (Marcadamente dirigiéndose á Ricardo.) Esforzáos en sobrellevar vuestro sino y someteros á la voluntad divina. (Levanta el libro de rezos para continuar en su ministerio.)

RIC. Preocupáos por vos mismo y por esos vuestros cómplices, caballero. (Señalando á Burgoyne y Swindon.) No veo nada de divino en vuestras acciones. Me hablais de cristianismo y estais ahorcando á vuestro enemigo. ¿Habráse visto blasfemia y contrasentido mayor? (A Swindon con mayor aspereza.) Aprovechais la solemnidad de este acto, como decís, para causar impresión en la muchedumbre. ¡Música de Handel y un clérigo para dar al asesinato visos de acto religioso! ¿Os figurais que voy á secundaros? Me habéis pedido elegir

la horca porque no entendeis vuestro oficio bastante bien para fusilarme limpiamente. Pues adelante y despachadme sin más habladurías.

SWIN. (Al Capellán.) ¿No podéis hacer nada con ese hombre, reverendo?

CHAP. Probaré, señor comandante. (Empezando á leer.) «Hombre que de mujer naciste...»

RIC. (Fijando en él la vista.) «No matarás.» (Brudenell baja el libro de rezos.)

CAP. (Confesando su apuro.) ¿Qué he de decir, Dudgeon?

RIC. Dejadme en paz, hombre, si podéis.

BURG. (Con urbanidad extrema.) Creo, señor Brudenell, que siendo así que vuestros habituales rezos no parecen producir efecto en el señor Dudgeon, lo mejor será suprimirlos hasta que... hasta que este señor ya no pueda ser incomodado por ellos. (Brudenell se encoge de hombros, cierra su libro y se retira detrás de la horca.) Pareceis tener prisa, señor Dudgeon.

RIC. (Con el horror de la muerte.) ¿Creeis que esto es cosa tan divertida que hay que prolongarla? Estais decididos á cometer un asesinato, pues cometedlo y acabemos.

BURG. Señor Dudgeon, solo obramos así porque...

RIC. Porque se os paga por hacerlo.

SWIN Insolente... (La rabia ahoga su voz.)

BURG. (Con gran amabilidad.) ¡Oh! siento mucho que penseis así, señor Dudgeon. Si supiérais lo que mi categoría me impone y cual es mi paga, tal vez tuviérais mejor opinión de mí. Quisiera despedirme de vos en buenos términos.

RIC. Basta, señor General. Si os imaginais que me gusta ser ahorcado, estais en un error. No me gusta nada, y no quiero hacer como si lo estuviese anhelando. Y si creeis que os estoy agradecido por ahorcarme caballerosamente, también os equivocais. Lo tomo todo muy á mal, y la única satisfacción que tengo es que sentiréis haber obrado infamemente cuando se haya acabado esto. (Se vuelve al otro lado y mira el carro, cuando Judith se ade-

lanta hacia él con los brazos extendidos. Ricardo, sintiendo que falta muy poco para que pierda el dominio de sí mismo, retrocede y grita.) ¿Qué haceis aquí? Este no es sitio para vos. (Ella hace un ademán como para tocarle; él retrocede más, impaciente.) No, marchaos, marchaos; me atacais los nervios. Llevadla de aquí.

JUD ¿No queréis despediros de mí?

RIC. (Permitiéndole tomarle la mano.) Pues bien; adiós, adiós. Ahora... marchaos... marchaos pronto. (Ella se agarra de su mano; no quiere despedirse de un modo tan frío. Por fin, cuando él trata de desasirse, le abraza desesperadamente.)

SWIN. (Enojado con el Sargento, quien, alarmado por el movimiento de Judith, vino desde detrás del cuadro con intención de arrojarla de allí, y se queda perplejo al ver que ya es tarde.) ¿Cómo es eso? ¿Por qué habéis dejado pasar á esa mujer por las filas?

SARG. (Cabizbajo.) No sé, mi comandante. Tiene tanta maña... No hubo medio de apartarla.

BUR. Os habrán dado dinero, como si lo viera.

SARG. (Protestando.) No, mi General, yo...

SWIN. (Severo.) Media vuelta. Idos. (Obedece.)

RIC. (Suplicando á los que le rodean y últimamente á Burgoyne, como al menos tonto de todos.) Lleváosla de aquí. ¿Creéis que necesito una mujer á mi lado en este momento?

BUR. (Yendo hacia Judith y tomándole la mano.) Vamos, señora, mejor será que os quedéis dentro de las filas, pero detrás de nosotros, y no miréis.

(Ricardo, con un gran suspiro de alivio al ver que ella le suelta y se aleja con Burgoyne, sube precipitadamente al carro. El ejecutor se quita el abrigo y le sujeta las manos con cuerdas.)

JUD. (Se resiste á seguir á Burgoyne y desase su mano.) No, debo quedarme. No miraré. (Va á la derecha de la horca. Trata de ver á Ricardo, pero aparta la vista con un estremecimiento de horror y cae de rodillas á orar. Brudenell se le acerca desde detrás del cuadro.)

BUR. (Meneando la cabeza y aprueba el ver que ora.) Así, muy bien. No la molestéis, señor capellán, esto se arregla. (Brudenell menea á su vez la ca.

beza y retrocede un poco, mirándola con compasión. Burgoyne vuelve á su primera posición y saca un bonito cronómetro de oro.) Vamos, ¿está todo listo? No detengamos más al señor Dudgeon. (El ejecutor acaba de atar las manos de Ricardo y el nudo corredizo se halla cerca del cuello de éste. Los dos soldados cogen las varas del carro y se preparan para correrlo cuando llegue el momento. El ejecutor, de pié en el carro, detrás de Ricardo, hace una señal al Sargento.)

SARG. (A Burgoyne.) Todo está listo, mi General.

BUR. ¿Tenéis algo más que decir, señor Dudgeon? Sólo faltan dos minutos para las doce.

RIC. (Con voz fuerte como de quien se ha sobrepuesto á la idea de morir.) Vuestro reloj retrasa dos minutos con el de la torre de la Casa Consistorial, que lo veo desde aquí, mi General. (El reloj de la villa empieza á dar las doce. Involuntariamente al oirlo el público se estremece y un murmullo reprimido se eleva de entre la muchedumbre.) ¡Amén, mi vida para el porvenir del mundo!

AND. (Gritando al llegar á la plaze del mercado.) ¡Amén, y suspéndase la ejecución! (Se precipita al través de la fila de soldados, en frente de Burgoyne, y llega jadeante junto al patíbulo.) Soy Antonio Anderson, el hombre á quien buscais.

(La muchedumbre, muy excitada, escucha con toda su alma. Judith, medio levantada, le mira con extrañeza, luego levanta las manos como alguien cuyas oraciones más fervorosas han sido escuchadas.)

SWIN. ¿Sí, eh? Pues llegais precisamente á tiempo para ocupar vuestro sitio en el patíbulo. Prendedle.

(A una señal del Sargento dos soldados se adelantan para prender á Anderson.)

AND. (Poniendo un papel debajo de las narices de Swindon.) Aquí traigo un salvoconducto, caballero.

SWIN. (Atónito.) ¡Un salvoconducto! ¿Sois acaso?...

AND. (Acentuando.) Sí, soy. (Dos soldados le cogen de los codos.) Decid á estos hombres que me suelten.

SWIN. (A los hombres.) Soltadle.

SARG. A la fila.

(Los dos hombres vuelven á su sitio. La muchedumbre aclama al clérigo y empieza á cambiar miradas

triunfantes, como presintiendo, al ver á su pastor parlamentar con sus enemigos, que las cosas van bien.)

AND. (Exhalando un profundo suspiro de alivio y enjugándose la frente sudorosa con su pañuelo.) ¡A Dios gracias, llegué á tiempo!

BUR. (Calmoso como siempre y todavía con el reloj en la mano.) Y tan á tiempo. Por no habernos fijado en la hora americana. (Se mete su reloj en el bolsillo.)

AND. Sí, mi General; os adelantamos en algunos minutos. Ahora, serviros ordenar que quiten la cuerda del cuello de este ciudadano americano.

BUR. (Al ejecutor en el carro con mucha cortesía.) Hacedme el favor de poner en libertad al señor Dudgeon.

(El ejecutor quita la cuerda del cuello de Ricardo, le desata las manos y le ayuda á ponerse la levita.)

JUD. (Deslizándose hacia Anderson.) ¡Antonio!

AND. (Echándole los brazos á los hombros y acariciándola con cariño) Y ahora, ¿qué piensas de tu marido, eh, eh, eh?

JUD. Estoy avergonzada. (Sepulta la cara en su pecho.)

BUR. (A Swindon.) Parecéis chasqueado, comandante.

SWIN. Perecéis derrotado, general.

BURG. Lo estoy, y soy bastante humano para alegrarme de ello. (Ricardo de un salto, baja del carro. Brudenell le da la mano para ayudarle y se precipita hacia Anderson á quien sacude cordialmente la mano izquierda, estando ocupada por Judith la derecha.) Por cierto, señor Anderson, que no entiendo bien lo que pasa. El salvo conducto era para un jefe de la milicia y creo que vos sois... (Mira con tonta atención como permite su buena educación las botas de montar, las pistolas y la casaca de Ricardo que tiene puesta el clérigo, y añade:) Un clérigo.

AND. (Entre Judith y Ricardo.) Caballero, solo en la hora de apuro es cuando un hombre encuentra su verdadera vocación. Este joven iluso, (Poniendo la mano en el hombro de Ricardo.) blasonaba con ser el discípulo del diablo, pero cuando la hora decisiva le llegó, halló

que su destino era sufrir y ser fiel hasta la muerte. Yo de mí creí que era un sencillo ministro de paz y de amor, pero cuando me llegó la hora, hallé que mi vocación era ser un hombre de acción, que mi puesto era entre el estruendo y el movimiento de los campos de batalla y los campamentos. Así, á los cincuenta años, empiezo nueva vida como capitán de la milicia de Springtown, y esté discípulo del diablo va para reverendo y algún día le veremos predicar en mi antiguo púlpito y dará buenos consejos á mi tontita de mujer. (Poniendo la otra mano en el hombro de Judith. Ella lanza una mirada á Ricardo para ver lo que le parece de la predicción.) Vuestra madre, Ricardo, me dijo que nunca me hubiese casado con Judith si tuviera verdadera vocación eclesiástica, y hoy creo que tenía razón. Así, pues, con vuestro permiso guardaré vuestra casaca y podéis conservar mi levita.

RIC. Reverendo... quiero decir capitán, he obrado como un loco.

JUD. Como un héroe.

RIC. Es lo mismo, tal vez. (Con alguna amargura.) Pero no, si yo valiese para algo, hubiese debido hacer por vos lo que hicísteis por mí, en vez de un vano sacrificio.

AND. Vano no, amigo mío. Para crear un nuevo mundo, hace falta de todo, santos lo mismo que soldados. (Volviéndose hacia Burgoyne.) Y ahora, mi General, el tiempo apremia; América tiene prisa. ¿Habéis caído en la cuenta de que no basta ganar batallas y tomar ciudades para vencer á una nación?

BURG. Caballero, sin batallas y conquistas no puede haber aristocracia. Venid á mi cuartel general y hablaremos.

AND. A vuestras órdenes. (A Ricardo.) Hacedme el favor de acompañar á Judith á casa. (La empuja suavemente hacia él.) Ahora, mi General, estoy á vuestra disposición. (Va rápidamente hacia la Casa Consistorial atravesando la plaza, y deja juntos á Judith y Ricardo. Burgoyne le sigue algunos pasos, luego se para y se vuelve hacia Ricardo.)

BURG. Antes de que se me olvide, señor Dudgeon, tendré un verdadero placer si queréis almorzar conmigo, á la una y media. (Hace una pausa y añade con malicia cortesmente disimulada.) Venid con la señora Anderson, si tiene gusto en ello. (A Swindon quien está bufando.) Tomadlo con calma, comandante; por lo visto, el soldado inglés vale para todo, menos para dirigir el Ministerio de la Guerra. (Sigue á Anderson.)

SARG. (A Swindon.) Espero vuestras órdenes, mi comandante.

SWIN. (Furioso.) Mis órdenes. ¿A qué sirven ya las órdenes? Fuera, al cuartel ó al demonio. (Se vuelve y se va.)

SARG. (Belicoso y patriótico, no admitiendo la idea de la derrota.) Atención. Derechos, para que vean que no nos dan miedo. Presenten armas. Media vuelta, march.

(El tambor redobla con estruendo tremendo, la banda toca «Los granaderos británicos» y el Cabo Brudenell y las tropas se alejan con arrogancia hacia los cuarteles. La muchedumbre sigue detrás con gritos insultantes y la banda municipal muy primitiva llega á la plaza y toca el «Yankee Doodle». Elisa que llega al mismo tiempo, corre hacia Ricardo.)

ELISA ¡Oh, Dick!

RIC. (De buen humor pero con firme voluntad.) Vaya, vaya, no me importa ser ahorcado, pero no quiero que me vengan con lágrimas.

ELISA No, prometo no llorar. Seré buena. (Trata de reprimir sus lágrimas, pero no puede.) Voy... voy á ver á donde van los soldados. (Se aparta un poco para ocultar su llanto.)

JUD. Prometedme no decirle nunca nada.

RIC. Descuidad. (Se dan la mano.)

ELISA (Gritando hacia ellos.) La gente vuelve. Os buscan.

(Júbilo en la plaza. La muchedumbre con la banda vuelve con entusiasmo desenfrenado y levanta en hombros á Ricardo, vitoreándole.)

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas